

LOS CUERVOS DEL PARAISO

burton hare



LOS CUERVOS DEL PARAISO



BURTON HARE

LOS CUERVOS DEL PARAISO

Col. SERVICIO
SECRETO n.º 779
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 14.300 - 1965
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio - 1695

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera**, **S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 3133/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:
167. — Trampa para el crimen.

En Colección SERVICIO SECRETO:
777. — Corrupción en Florida.

En Colección ARCHIVO SECRETO:
59. — Diamantes... y crimen.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre era casi tan alto como yo, y mido uno noventa. Pero él era delgado en extremo, y sus brazos se movían como aspas de molino al gesticular cuando hablaba. Tenía el cabello completamente gris, y se desprendía de su figura ese aplomo y distinción propios de los que pueden considerarse aristócratas desde la cuna. Grant Holborn, con dinero o sin él, sería siempre un tipo señorial.

Y tenía dinero. Demasiado, tal vez.

—Me satisface que le haya interesado mi proposición, Clark. O quizá sea más acertado decir que me alivia.

Yo no dije nada, esperando que siguiera hablando. Me pareció indeciso, como si no supiera por dónde empezar, o quizá no se atreviera a hacerlo.

Sin embargo, cuando inició su exposición de los hechos, lo hizo con voz firme.

—Creo que ya conoce usted esas revistas de escándalo —gruñó, mostrándome una que tomó de una mesita—. Eche un vistazo a esa foto.

La revista era una de tantas que viven de la estupidez de ciertas gentes, publicando basura moral. La fotografía en cuestión había sido tomada en un reservado de cualquier local y en ella aparecía Rosse Hill, la estrella en boga, en brazos de un tipo que tenía la cara enterrada entre sus cabellos. Era indudable que las caricias que estaban prodigándose, no tenían nada de románticas.

Levanté la cabeza. El potentado asintió con un gesto y prosiguió:

—Es una infamia, naturalmente. Esos buitres se ceban en la gente famosa de Hollywood, y... En fin, ya conoce usted eso. Pero ahora parece ser que se han modernizado. No solamente publican basura, sino que tratan de ejercer chantaje en los que ellos consideran “vulnerables”.

—Ya veo. ¿Es usted una de las víctimas elegidas?

—En cierto modo.

—Será mejor que me cuente las cosas desde un principio. Ahorraremos tiempo, señor Holborn.

—Creo que tiene razón... Bien; usted ya sabe que soy productor independiente. Realizo totalmente la mayoría de mis películas, excepto las que son producidas para una marca determinada. Todas las demás las realizo para mí propia marca, la “Géminis Films”.

—¿Qué tiene eso que ver con esa fotografía?

—Existe una estrecha relación, como ahora verá —dijo, con evidente nerviosismo—. La gente cree que poseo una fortuna inmensa, incluso los periódicos lo han afirmado más de una vez. Bien, eso no es cierto. Tengo dinero, naturalmente, pero lo arriesgo en cada una de mis producciones. Y

ese el caso de la última superproducción que he emprendido, una película gigantesca de gran espectáculo, y que requiere una inversión también gigantesca. Rosse Hill es la estrella de esa cinta.

—Comprendo —gruñí, de mal talante—. Esa clase de publicidad puede dar al traste con la película.

—No creo que sea tan grave, aunque representa una publicidad nefasta. Lo malo es que hay algo más, que es realmente lo que me preocupa.

—Está bien, Cuéntemelo.

—Para producir esta película, he tenido que formar una pequeña sociedad. Yo no tenía capital efectivo suficiente. Mi esposa posee fortuna propia, y la ha invertido en esta empresa. Todo se ha hecho legalmente, como préstamo que da derecho a mí mujer a un tanto por ciento de beneficios de los que rinda la cinta, que serán enormes.

—Todo eso está muy bien, pero no veo dónde encaja aquí el chantaje.

—Ahora lo verá. Mientras mi mujer se mantenga unida a la empresa, todo irá bien. Pero si ella se separa, es la más completa ruina. ¿Comprende ahora?

—Francamente, no. ¿Es que ella pretende sacar ahora su dinero de la empresa?

—No se trata de eso, sino de algo más grave. Si mi esposa se decide a pedir el divorcio, puede obligarme a pasarle una cantidad astronómica, en concepto de alimentos y habitabilidad, además de retirar entonces su aportación de capital a mí empresa.

—¿Tiene argumentos para solicitar la separación?

—Todavía no, pero los tendrá, si usted no me ayuda. Pero venga conmigo...

Abrió una puerta y me llevó a un saloncito vecino, con las paredes cubiertas de costosas pinturas, cuadros de grandes firmas, que debían haber costado una fortuna.

—Fíjese en ese cuadro —murmuró.

Me fijé en el cuadro. Y había materia suficiente para fijarse en él. Representaba a una mujer desnuda, de extraña belleza, tendida sobre el césped junto a un pequeño arroyo. Una lujuriante vegetación le servía de fondo, y había algo mágico en la figura y en su rostro en calma, un hálito de misterio que elevaba la concepción de un simple desnudo a una obra de arte.

—Me parece una gran pintura, aunque no entiendo nada de Arte —dije por todo comentario.

—Ahora, vea esto...

Sacó una pequeña fotografía del bolsillo, y me la entregó. En cuanto le dirigí una mirada, comprendí que tenía entre manos un cartucho de dinamita que explicaba perfectamente la Inquietud de aquel hombre.

En la foto aparecían Lil Temple y Holborn en una posición mucho más

comprometida que la de Rosse Hill en la revista.

Por si faltara algún dato, el hombre refunfuñó:

—Lil Temple es la estrella exclusiva de la “Géminis Films”...

—Lo he leído en los periódicos.

Entonces descubrí otro detalle en la foto. Sobre la pared que servía de fondo, colgaba el hermoso cuadro del desnudo. La fotografía había sido tomada en la misma salita en que estábamos.

Supongo que mi cara reflejó lo que estaba pensando, porque él comentó con amargura:

—Veo que comprende el asunto.

—Hasta un ciego lo advertiría. ¿Le han amenazado con publicar esta fotografía?

—No directamente. Alguien me ha insinuado que el tipo que tiró la placa estaría dispuesto a venderme el negativo, a base de una fuerte suma.

—¿Quién le ha hablado de eso?

—No lo sé; fue por teléfono. ¿Se da cuenta de la situación? Si esta foto es publicada, será mi ruina total. Por otra parte, no creo que los bastardos que poseen el negativo me lo entreguen, aunque pague. Seguirán pidiendo más y más, sangrándome hasta el final...

—¿Cuándo fue hecha esta foto?

—No tengo la más ligera idea.

Pegué un respingo.

—No pretenderá hacerme creer que no recuerda cuándo tuvo a esa chica en brazos —dije.

—Algunas veces ha estado en mis brazos, como usted dice, pero nunca en mi casa.

—No veo a dónde nos conduce eso, señor Holborn. El cuadro es un magnífico testimonio del lugar de... sus escarceos.

—En absoluto; el cuadro que aparece en la fotografía, es falso.

A pesar del tono de su voz, dudé de tal afirmación. El añadió:

—El cuadro es falso, y si no estuviera seguro de eso, bastaría con saber que jamás he tenido a Lil en brazos en esta salita.

Ese argumento no tenía réplica. Me pareció comprender, y dije:

—Ya veo; usted quiere decir que la fotografía ha sido trucada.

—Exactamente, y puedo decirle también cómo han conseguido fotografiar una copia del cuadro... Hace aproximadamente un año, un muchacho empleado en los estudios, en la sección de decoradores, me pidió que le dejara copiarlo. Entonces era un simple aficionado a la pintura artística, y estaba enamorado de este desnudo. Accedí, y lo copió maravillosamente. Estoy seguro de que su cuadro es el que aparece en la fotografía.

—Siendo así, vamos a terminar fácilmente con esa gentuza. Con encontrar al pintor y preguntarle quién le compró el cuadro, sabremos la

identidad del que ha trucado la fotografía.

—Temo que no sea tan fácil como supone —rezongó, preocupado—. Hace algunos meses que el muchacho se despidió. Estaba dispuesto a dedicarse por entero al arte, y tengo entendido que abandonó Los Ángeles.

Era un inconveniente, pero habría que vencerlo para obtener resultados.

—Para empezar —dije—, quiero saber quiénes están de nuestra parte y quiénes no, ¿comprende? Esa muchacha, Lil Temple; ¿hasta dónde se puede confiar en ella?

—Tengo absoluta confianza en Lil.

—Bien, ¿y en Rosse Hill?

Titubeó un instante; pero, finalmente, hizo un gesto afirmativo antes de decir:

—También creo que podemos confiar en Rosse. Todo lo que es, me lo debe a mí. Además, a ella también la han perjudicado con la foto publicada…

—Perfectamente; ahora cuénteme algo más de sus relaciones con Lil Temple. Necesitamos averiguar cuándo y dónde fue hecha esa fotografía. Tal vez así podamos localizar al fotógrafo fisgón.

Pensé que iba a mandarme al infierno, pero acabó por hablar, y lo que me contó era suficiente para hacer la felicidad de todo el consejo de redacción de la maldita revista. Esa gente de Hollywood parecían estar empeñados en facilitar la tarea a todos los cuervos que picoteaban en el paraíso del séptimo arte.

Cuando dio por terminada la relación de sus embrollos, quise saber el tiempo que el chantajista le había dado.

—Dos semanas —farfulló.

—Es extraño un plazo tan largo…

—Piden cincuenta mil dólares en efectivo, Clark —aclaró—. Y los quieren en billetes pequeños y viejos.

—Ya veo… eso explica el tiempo concedido, y nos da margen también para movernos. Haré cuanto pueda, señor Holborn, aunque comprenderá perfectamente, que no va a ser un trabajo fácil.

—Lo sé. Estoy dispuesto a recompensarle con esplendidez, Clark No soy ningún tacaño.

—Lo recordaré.

Me despedí, y ya en la puerta, le dije:

—Trate de enterarse, en los estudios, de la dirección del pintor. Quizá eso me facilite la tarea…

—No creo que haya nadie que esté enterado de dónde está ahora. Era un muchacho poco sociable.

—Me refiero a la dirección que tenía cuando estaba en Los Ángeles. Partiré de ahí para localizarlo.

—Oh, comprendo.

Me alejé de él, y anduve por el ancho sendero del jardín hacia donde había dejado mi auto. Se me ocurrió que solamente el cuidado de aquellos arriates de flores exóticas debía costar una pequeña fortuna.

Iba pensando en eso cuando la muchacha apareció. Fue como si hubiera surgido de la misma tierra. Tardé unos segundos en comprender que había permanecido escondida detrás de un macizo de rosales hasta que hizo su aparición.

No pasaría de los veinticinco años, si es que los tenía. Llevaba puestos unos pantalones de *lamé* dorado, tan ajustados al cuerpo que semejaban una segunda piel. Una blusa negra y tenue moldeaba la pujante forma de su busto de manera insinuante.

—Casi me he cansado de esperar —refunfuñó, sin amabilidad alguna.

—Si hubiera sabido que me aguardaba una mujer como usted, habría salido mucho antes. A propósito, ¿cuál es su nombre? Usted parece conocerme a mí, pero le diré que me llamo Jim Clark.

—Lo sé; un detective. Yo soy Anne Holborn.

—¿Hija del señor Holborn?

—Sí.

Me gustó su rostro rebosante de vitalidad, sus ojos brillantes y los labios apenas retocados y húmedos.

—¿Por qué estaba esperándome? —inquirí, acercándome a ella.

—Quiero saber de qué ha estado hablando con papá.

—Nada más que eso, ¿eh?

—Usted me lo dirá... Debe decírmelo, señor Clark. Es muy importante.

—Está completamente equivocada, Anne. No acostumbro a revelar las confidencias de mis clientes... Pregúnteselo a él.

—¡Se lo pregunto a usted! —estalló.

“Una niña consentida”, me dije. Sus menores caprichos debían convertirse en órdenes inapelables.

—Pierde el tiempo, y me lo hace perder a mí. Vaya y hable con su padre. Si él cree que usted debe saber lo que hemos tratado, se lo dirá. Espero que volvamos a vernos... pronto.

Le hice un saludo burlón, pasé junto a ella y me alejé.

Detrás de mí, su voz barbotó, cargada de ira:

—¡Maldito patán!

Me eché a reír, puse el coche en movimiento y tomé el camino de regreso a la ciudad. Era toda una gatita, aquella dama...

Y muy hermosa. Habría que hacer algo a este respecto.

CAPÍTULO II

La casa de Lil Temple valdría medio millón de dólares. A su alrededor había terreno suficiente para construir un aeropuerto.

La sirvienta negra que me recibió, arrugó la nariz cuando le dije que quería ver a la gran estrella. Me trató como si fuera el basurero, y solo accedió a avisar a su ama cuando le dije que me enviaba el señor Holborn.

Cuando reapareció, se mostró algo más amable, pero siguió arrugando la nariz despreciativamente.

—Le recibirá —anunció solemnemente—. Por aquí, señor Clark.

Me condujo al borde de una gigantesca piscina. Sobre un colchón neumático, Lil Temple dejaba que el sol acariciase su piel dorada, todavía húmeda del reciente baño.

No se movió cuando me acerqué. La sirvienta había desaparecido, y me encontré solo con la estrella. La había visto algunas veces en la pantalla, pero resultaba muy distinto poder devorarla con la mirada, al natural.

Era uno de esos productos fabricados por Hollywood, llenos de curvas, con melena rubia, rostro sensual y expresión vacía o ardiente, según las órdenes draconianas de los agentes publicitarios. En aquellos momentos no debía haber recibido orden alguna, y su expresión era un compendio de aburrimiento.

Pero uno no se aburría mirándola. Su magnífico cuerpo lucía una sombra de bikini, o tal vez fuera este el que relucía gracias al cuerpo. Era tanto lo que se veía, que parecía absurdo colocarse encima aquellos dos roñosos retales floreados.

Cuando, tras algunos intentos fallidos, conseguí encontrar mi voz, dije estúpidamente:

—Gracias por recibirme.

—Ahórrese el agradecimiento. He telefoneado a Grant... al señor Holborn, antes de permitirle entrar.

—Ya veo. Lástima que no adoptara usted esas precauciones cuando alguien tomó la fotografía.

Ladeó la cabeza y clavó sus ojos entrecerrados en mí como dos dardos.

—¿Tiene que mostrarse desagradable por alguna razón determinada?

—Ha sido solo un comentario. Quiero hablarle de la foto.

Apartó la mirada y volvió a quedar inmóvil, tendida al sol.

—Siéntese. Puede preguntar lo que quiera. No tengo secretos, cuando se me ordena no tenerlos.

—¿Le han ordenado ahora ser sincera?

—Sí.

—¿El teléfono?

—Naturalmente.

—*Okey,* ¿tiene usted idea de dónde fue hecha la fotografía?

—En mi vestuario de los estudios, sin duda alguna. Puedo recordarlo, porque esa especie de túnica que llevo puesta formaba parte de los que lucía en mi segunda película para la “Géminis Films”.

—Mal asunto —refunfuñé—. A un lugar como ese pueden llegar infinidad de personas…

No pareció escuchar siquiera mi comentario. Se ladeó lo suficiente para coger un cigarrillo y encenderlo. Luego volvió a su turbadora postura, y murmuró:

—¿Cree usted que se atreverán a publicar esa basura?

—Seguro, a menos que el señor Holborn pague.

—Eso sería terrible… ¡Buenos iban a ponerse los voceras del departamento de publicidad!

—¿Eso es todo lo que le preocupa de este asunto?

—Naturalmente que no. Lamento lo que está sucediendo, y tampoco me tranquiliza que Grant pague esa barbaridad de dinero. No creo que le devuelvan el cliché. Con él en su poder, pueden seguir exprimiéndole.

—Es la táctica acostumbrada —comenté, desviando la vista de su piel dorada—. ¿Conoció usted al muchacho que pintó la copia del cuadro?

—Lo había visto alguna vez en los estudios, pero ni siquiera sé cómo se llamaba.

—¿Qué significa el señor Holborn para usted?

Esta vez se enderezó lo justo para quedar apoyada sobre un codo, sus pupilas destellaron de furia.

—No creo que eso le importe en absoluto —rezongó.

—Está en un error; todo es importante. ¿Quiere responder a mí pregunta?

—No.

—Bien, en cierto modo, eso también es una respuesta.

Siguió fumando como si no me hubiera oído, tranquila y segura. Pensé que habría sido divertido que los cincuenta mil “pavos” se los hubieran pedido a ella, solo para obligarla a interesarse un poco más por el asunto.

De pronto, rompió a hablar con voz monótona, antes que pudiera formularle otra pregunta.

—Sé lo que está usted pensando de mí —dijo sin mirarme—. Pero cuando una chica ha llegado a la cúspide, ha tenido que pagar un precio exorbitante para conseguirlo, ¿comprende? He dejado jirones de mi vida por el camino, de manera que ahora ya conozco todas las reglas del juego. Solo me preocupo de mí exclusivamente. No hay nada ni nadie en todo el maldito mundo que merezca mi interés, excepto Lil Temple. ¿Está claro eso para usted, señor detective?

—Creo que sí...

—Cuando llegué a Hollywood era casi una niña con la cabeza llena de pájaros de colores. Bueno, pronto se encargaron de matar todos los pájaros y esparcir sus plumas al sol, demostrándome que la lucha aquí no tenía nada que ver con el talento ni el arte. Había que luchar con otra clase de armas, unas armas que yo poseía en abundancia...

—Y las utilizó.

—Sí —murmuró con voz sorda—. Y estuve a punto de perder la batalla. Entonces conocí a Grant Holborn. Es una persona excelente, dentro de lo que puede encontrarse aquí. Él era un magnate de la producción, con sus propios estudios, su propia marca y grandes programas de producción todos los años. Fue mi oportunidad, y la agarré al vuelo. Por otra parte, Grant tenía dificultades con su mujer, una arpía muy linda, despótica y cruel. Yo representé para él algo más que una aventura, lo crea usted o no.

—Está bien, ya me ha contado él algo de todo esto.

—Entonces, ya lo sabe usted todo. Grant me dio el primer papel, después mi primera película como protagonista, y me lanzó al mundo del cine. Siguieron más películas... y Grant se inclinó cada vez más hacia mí. Creo que fue debido a la absurda actitud de su mujer. Parecía tener interés en apartarlo de ella.

—Vuelvo a preguntarle lo mismo, Lil. ¿Qué significa Holborn para usted?

—Actualmente, mucho. Ya no necesito su apoyo para tener un nombre y una posición; sin embargo, se ha convertido en parte de mi vida.

—Ya veo.

—Y si no me cree, puede irse al diablo, señor Clark —estalló con voz contenida.

Me levanté y le dediqué una sonrisa.

—No se altere —dije—. Volveremos a vernos antes que esto termine.

—Espero que entonces sea usted más agradable. Buenos días, detective...

La dejé junto a la piscina, empapándose de sol, y anduve hacia la salida. Si uno se detenía a pensarlo bien, esas bellezas estaban bien para verlas en la pantalla, pero al natural, resultaban un espectáculo demasiado fuerte.

Conduje, sin prisas, hasta mezclarme en la riada de coches que se apiñaban en Sunset Boulevard. Finalmente, cuando me cansé de la desesperante procesión, doblé por La Brea, y veinte minutos más tarde estaba en mi despacho.

No había ninguna llamada para mí, ni nadie había acudido tampoco a verme, según me notificó el encargado del edificio, de manera que me instalé en mi sillón, encendí un cigarrillo y estuve un rato pensando en el séptimo arte y en sus gentes. También tuve algunas ideas desagradables,

referentes a los responsables de las revistas de escándalo, con sus secuelas de chantaje bien explotado.

Y el pintor. ¿Dónde diablos encajaba en el asunto? Alguien debía haberle comprado el cuadro de la mujer desnuda... y si no lo había vendido, peor para él; iba a tener más de un disgusto.

A última hora de la tarde, llamé a los estudios de la “Géminis Films”. Tras vencer los impedimentos normales en estos casos, conseguí hablar con mi cliente, y le pregunté por la dirección del pintor.

—He consultado su ficha —dijo—. Ocupaba una habitación en el número 621 de la calle Little Allesandro. Creo que se trata de una pensión. El muchacho se llama Dave Gurney.

—Eso es cuanto necesito, de momento, señor Holborn; gracias.

—Lil me ha contado lo que ha estado hablando con usted...

—No me ha dicho nada de interés —refunfuñé.

—¿Esperaba sacar realmente algo de la entrevista?

—No.

Colgué, tomé el coche y conduje hacia la dirección que acababa de anotar.

Era una pensión sin pretensiones, como las hay a centenares en la ciudad. Me recibió la patrona, en cuanto llamé al timbre. Era una mujer gruesa y pesada, con demasiados anillos en los dedos gordinflones y un exceso de pintura en la cara.

—¿Dave Gurney? —murmuró, tras mi pregunta—. Sí, lo recuerdo. Era un pintor medio loco... Dejó un excelente empleo para dedicarse a ensuciar telas. Pero se marchó de aquí hace mucho tiempo.

—Ya lo sé, pero necesito encontrarlo. Tal vez usted pudiera decirme a dónde se trasladó cuando dejó su pensión.

—No tengo la menor idea.

—¿No han llegado cartas para él, después de su marcha?

—Ninguna. Ya le pregunté si quería que las cartas le fueran enviadas a su nuevo domicilio, pero me dijo que ni él mismo sabía dónde iría a parar. Ya le digo; un loco, eso es lo que era.

—Hábleme de sus amistades. Debía recibir algunos amigos aquí, ¿no es cierto?

—Oh, sin duda; ruidosas y vociferantes visitas. Creo que todos estaban tan locos como él.

—¿Recuerda usted el nombre de alguno de esos que le visitaban?

—No, lo siento...

—¿Y chicas?

Hizo una mueca de desagrado, antes de espetarme:

—Esta es una pensión decente. No he consentido nunca que...

—Está bien, está bien —la atajé—. No lo pongo en duda. Pero si Gurney tenía alguna amiga, pudo haber venido a buscarlo para salir. ¿No

puede usted decirme nada al respecto?

Titubeó, pero puse una expresión ansiosa en mi cara, y añadí:

—Le aseguro que se trata de algo muy importante. Es preciso que dé con él cuanto antes, o se verá metido en un embrollo a causa de un cuadro que pintó.

—Bueno... tenía una novia, o por lo menos él decía que era su novia. Aunque yo opino que era otra cosa.

Esperé con impaciencia, hasta que, al ver mi interés, se decidió a revelarme lo que tanto me interesaba.

—Se llamaba Forbes... Mary Forbes. En aquellos días tenía un apartamento en el edificio del Lido. Lo sé porque alguna vez había tenido que llamarla por teléfono.

—Me ha ayudado usted mucho, señora.

Gruñó una despedida, repitiendo una vez más cuán loco estaba el pintor, y cerró la puerta.

El edificio del Lido era un conjunto de pisos convertidos en pequeños apartamentos que se alquilaban amueblados. La mayoría estaban ocupados por muchachas solteras, sobre cuyas vidas no era conveniente hacer demasiadas averiguaciones. Había un portero detrás de un pupitre, muy ocupado con la lectura de una revista profusamente ilustrada con hermosas mujeres carentes de ropas. Me miró con profundo disgusto, cuando le interrumpí.

—Quiero ver a Mary Forbes.

—Apartamiento 126.

Volvió a su lectura, sin preocuparse más por mí. Debía estar acostumbrado a un continuo ir y venir de visitantes masculinos.

Subí en el elevador hasta el séptimo piso. Llamé y aguardé una eternidad antes de obtener respuesta. La voz me llegó desde el otro lado de la madera:

—¿Quién es?

—Abra. Necesito hablar con usted.

—Yo, no. Estoy ocupada. Vuelva otro día.

Sus pasos se alejaron de la puerta. Coloqué el dedo sobre el botón del timbre y lo dejé allí.

La puerta se abrió de golpe, y una muchacha furiosa me fulminó con la mirada, al tiempo que exclamaba:

—¡Deje en paz ese timbre! ¿Quién demonios se cree usted qué es?

—Vamos, tómelo con calma, hermana. Necesito hablarle, y lo haré sin perder más tiempo.

—Lárguese antes que llame a la policía... Eh, un momento, grandullón. ¿No será usted policía, acaso?

—Casi acierta, encanto. ¿Puedo pasar?

Se hizo a un lado, y me examinó con cierta inquietud. Era bonita, pero

los excesos de todas clases habían marcado ya indeleblemente su rostro joven. Unas finas arruguitas, que no podían disimular todos los cosméticos del mundo, comenzaban a rodearle los ojos y las comisuras de la boca.

Pero su cuerpo conservaba la pujanza de la juventud, y no había que esforzarse mucho para darse cuenta de esto. Iba cubierta por una especie de velo transparente destinado a impresionar a su oponente masculino. A mí me impresionó, pero tenía otras cosas en qué pensar y luché por apartar ciertas ideas de mi mente.

—¿Recuerda a Dave Gurney? —le espeté sin rodeos.

—Claro que sí. Éramos muy amigos, cuando estaba aquí.

—Quiero saber dónde está ahora. Es importante para él.

—En San Francisco. Dijo que allí había un estupendo ambiente para su arte, y se largó. Estuve tentada de marcharme con él, pero a última hora lo pensé mejor, ¿sabe? Dave no tenía un centavo entonces.

—*Okey,* tal vez su suerte haya cambiado. Deme su dirección en San Francisco.

—River Street, 93, en Chinatown. Es todo cuanto sé.

—¿Le ha escrito él algunas veces?

—Claro. ¿Cómo cree usted que sé dónde vive? Ha insistido para que me traslade... pero no voy a hacerlo. Aquí tengo mi vida organizada, y no deseo más novedades. ¿Eso es todo lo que tenía que preguntarme?

—Sí, y le quedo agradecido. Si he de hablar con franqueza, no pensaba tener tanta suerte.

Anduvo a mí lado hacia la puerta. Antes de abrirla, comentó:

—Lo que son las cosas; antes nadie se preocupaba en absoluto por él, nadie creía en su arte. Y ahora todo el mundo le anda buscando. Es absurdo...

Me detuve en seco, y casi instintivamente la agarré por el brazo con excesiva fuerza.

—¿Quiere decir con eso que alguien más le ha pedido las señas de Dave? —pregunté, excitado.

—Sí, esta tarde.

—¿Quién?

—No lo sé. He hablado con él solo por teléfono.

—Y supongo que le ha dado la dirección del muchacho...

—Naturalmente; lo mismo que acabo de dársela a usted.

—¿Qué hora era cuando le han preguntado eso, por teléfono?

—Alrededor de las cinco, aunque no estoy segura. ¿Es tan importante la hora para usted?

—Mucho.

No recuerdo si me despedí de ella o no. Abandoné el apartamento precipitadamente, y ni siquiera aguardé el ascensor, sino que me lancé escaleras abajo, y atravesé el vestíbulo, proporcionando un vivo sobresalto

al aburrido portero.

Esta vez conduje el coche, con el acelerador hundido a fondo. Tenía la impresión de que se había entablado una carrera contra reloj, en la cual yo llevaba las de perder desde las cinco de la tarde.

Detuve el auto, dejándolo en un lugar prohibido, pero que estaba delante mismo de una compañía aérea, y entré a las oficinas en dos saltos.

El empleado me escuchó cortésmente, sonrió y movió la cabeza.

—En efecto, señor —dijo—; a las seis y cinco minutos ha salido un avión para San Francisco. El próximo vuelo es a las ocho y quince.

—¿Es posible conseguir una lista de los pasajeros que han embarcado en el vuelo de las seis y cinco?

Me miró con desagrado y movió la cabeza.

—Solo estamos autorizados a proporcionarla a la policía, señor.

—Bueno, ya lo imaginaba… Necesito un pasaje para el vuelo de las ocho y quince.

Consultó su reloj. Eran las ocho menos diez minutos.

—¿Lleva equipaje? —indagó.

—No.

Mientras él escribía, pensé que mi carrera contra reloj estaba perdida definitivamente. Si mi idea era acertada, me llevaban más de dos horas de ventaja…

Estuve seguro de que mi contrincante en semejante carrera no era otro que la Muerte.

CAPÍTULO III

Una espesa niebla envolvía la ciudad de San Francisco cuando el avión aterrizó. El aire era húmedo y frío, y alrededor de las luces se esparcía un hálito espectral y misterioso.

No quise aguardar el autobús de la compañía aérea, y tomé un taxi. Le di al chófer la dirección de River Street y le recomendé prisa, cosa perfectamente innecesaria para los taxistas de Frisco, siempre deseosos de demostrar que para ellos el volante es un juego.

No obstante, cuando el taxi enfiló la corta callejuela, comprendí que todo había sido inútil. La Muerte me había vencido esta vez.

Había dos coches patrulla envueltos en la niebla. Sus luces giratorias apenas eran un pálido destello dentro de la húmeda masa gris que flotaba en la calle. Un grupo de curiosos se apiñaban en la acera, contenidos por dos o tres guardias uniformados.

El taxista comentó:

—Algún lío, como de costumbre.

Se embolsó la propina y cuando me aparté de él, cerró el contacto y se apeó, dispuesto a meter la nariz en el suceso.

Me abrí paso hasta llegar al primero de los policías.

—¿Está aquí el capitán Hill? —le pregunté—. Dígale que me llamo Clark, Jim Clark, y que acabo de llegar de Los Ángeles.

—Está dentro. Sígame.

Me condujo a través de un zaguán mal alumbrado. Al fondo había una puerta abierta y un guardia ante ella. El que me guiaba habló con él, y ambos entramos en la vivienda. Pude ver que reinaba un revoltijo de todos los diablos, con telas esparcidas por todas partes, cuadros sin marco colgados en las paredes, tapices exóticos y almohadones por el suelo, sobre raídas alfombras. Un hombre delgado y minúsculo se adelantó, y estrechó mi mano.

—Soy el capitán Hill —se presentó—. Usted ha hablado conmigo por teléfono.

—Me alegro de conocerle. Le he telefoneado desde el aeropuerto de Los Ángeles, minutos antes de emprender el vuelo, pero veo que mi aviso ha llegado tarde… ¿O no?

Esbozó una mueca antes de asentir.

—Estaba muerto cuando hemos llegado. Un balazo en la nuca. El asesino acababa de salir, y se nos ha escapado por un segundo… Ha intercambiado algunos disparos con un guardia en su huida, pero se ha esfumado entre la niebla y esos callejones que hay aquí. ¿Quiere ver el

cadáver?

Me encogí de hombros. Me guio hasta lo que era el estudio, una espaciosa habitación en la parte posterior, cuyo enorme ventanal se abría a un patio interior en el que los vecinos habían construido una especie de jardín.

El cadáver estaba tendido de bruces al lado de una butaca. El orificio de la bala apenas si era visible entre sus largos cabellos, pero bajo su cara se extendía una gran mancha de sangre que iba a ensuciar el borde de una tela en blanco colocada junto al muro.

El capitán murmuró:

—Usted sabía que alguien venía a matar a ese muchacho, Clark. Espero que me aclare ahora este asunto y me ahorre trabajo...

—Dudo que le sirva de nada lo que yo pueda decirle. El asesino es de Los Ángeles... y apuesto que ha utilizado un nombre supuesto para hacer el viaje. De lo contrario, la lista de pasajeros lo solucionaría todo, pero no creo que haya sido tan estúpido.

—Tal vez sí. Él no podía saber que usted vendría pisándole los talones.

No repliqué, y seguí examinando lo que nos rodeaba. No parecía que las cosas le fueran muy bien al artista, a juzgar por la sencillez en que había vivido. No obstante, los detalles que salpicaban su vivienda y estudio demostraban que había sido un hombre con personalidad propia.

Volvimos a la salita que había a la entrada del piso. El capitán repartió unas órdenes más a sus hombres, y se enfrentó conmigo.

—Le escucho, Clark.

—Deberé empezar por el principio, capitán —dije—, y callaré también el nombre de mi cliente. No hay ninguna necesidad de complicarlo en esto. ¿De acuerdo?

—Veremos. De momento, cuénteme todo lo que sabe de este asunto.

Se lo expliqué de arriba abajo, excepto la identidad de quien me había contratado.

—Por eso me alarmé tanto cuando la muchacha me dijo que otro hombre le había preguntado por su ex amante —terminé—. Supuse que tan súbito interés, cuando yo estaba buscando al pintor para desenmascarar a los chantajistas, solo podía obedecer al deseo de cerrarle la boca. Desgraciadamente, acerté plenamente...

—Eso es tanto como dar por sentado que los chantajistas saben ya que le han encargado a usted el caso. ¿Cree que es así, Clark?

—Sin duda alguna. Por eso han mandado a un asesino aquí, solo para evitar que Dave Gurney pudiera decirme el nombre de quien le compró el cuadro que aparece en la fotografía. ¿Alguien ha podido ver de cerca al criminal?

—Nadie. El guardia con el que ha cambiado algunos disparos solo ha vislumbrado su silueta. Un tipo alto, con sombrero, eso es todo.

A nuestro alrededor, los técnicos registraban cuidadosamente todo el apartamento. Contemplé su trabajo, en silencio, unos momentos. Entonces llegaron los enfermeros de la ambulancia, y el capitán me dejó solo, mientras se acercaba a hablar con ellos. Amargamente, me dije que me gustaría mucho tener al asesino entre mis manos, aunque solo fuesen cinco minutos.

Los enfermeros se marcharon con su fúnebre carga, y el capitán regresó a mí lado con el ceño fruncido.

—Temo que no podremos hacer mucho por ayudarle a usted, Clark. A estas horas, el criminal debe estar a bastantes millas de aquí. Cuando hemos cerrado los aeropuertos y carreteras…

—Ese tipo está en Frisco todavía —afirmé, interrumpiéndole—. Se quedará por aquí, esperando que pase la tormenta. Luego se marchará tranquilamente, y asunto concluido. No olvide que nadie tiene la más ligera idea de su identidad. Solo el arma empleada podría damos una pista, pero ya se habrá preocupado de hacerla desaparecer.

—Sí, tal vez esté en lo cierto… ¿Va a regresar a Los Ángeles esta noche?

—Sí, a menos que usted me necesite aquí.

—¿Para qué?… Ya ve cómo está el asunto. Iniciaremos la investigación partiendo de cero. No me hago ilusiones respecto al final.

En aquel momento, uno de los peritos que estaban registrando, se acercó a nosotros, con un cuaderno de tapas negras en la mano.

—Eche un vistazo a eso, capitán —dijo—. Parece que se trata de un libro de cuentas.

Hill lo examinó sin mucho interés. El policía volvió a su tarea, y yo encendí un cigarrillo.

—En efecto —gruñó el capitán—. Se trata de los ingresos de Gurney y sus gastos. No andaba muy sobrado de dinero, a juzgar por estas anotaciones.

Me entregó la libreta, y leí algunas de las anotaciones distraídamente. Constaban allí los gastos en concepto de alquiler y compra de material para pintar. También alguna que otra cifra como producto de la venta de algún cuadro. Eso me hizo vislumbrar una esperanza, y consulté las primeras páginas.

El corazón me dio un vuelco al leer las fechas de nueve meses atrás. En aquella época, Gurney estaba todavía en Los Ángeles. Una de las anotaciones mencionaba la venta de cierta “Venus Desnuda” a un hombre llamado Terry Finch, de North Hollywood.

—Eso puede ser la solución —dije—. Esa “Venus Desnuda” tal vez sea el cuadro que Gurney copió.

—Lo encuentro demasiado fácil —rezongó—. Por regla general, nunca tenemos tanta suerte en nuestro trabajo. Pero usted podrá comprobarlo, cuando vuelva a Los Ángeles. A propósito; tendré que informar de todo

esto a mis colegas de allá, Clark.

—Lo comprendo… Si habla con los de Homicidios, hágalo con el teniente O'Reilly. Yo iré a verle en cuanto llegue.

Anoté el nombre de Terry Finch, lamentando que no constara también allí su dirección. Tras esto, y desde el teléfono del apartamento, llamé a la compañía aérea y encargué un pasaje para el avión de medianoche. No me quedaba nada que hacer en Frisco.

Prometí al capitán que le mandaría noticias, si descubría algo de interés, y me largué de allí con la amarga sensación de la derrota en mi interior.

Una derrota que había costado una vida humana.

Durante todo el viaje de regreso, estuve preguntándome quién pudo haberse enterado que Grant Holborn me había confiado el caso…

Llegué a un par de conclusiones que no me gustaron en absoluto.

CAPÍTULO IV

Según la guía telefónica, había siete caballeros con el nombre de Terry Finch en Hollywood. Los tres primeros a los que localicé, antes de las nueve de la mañana, no tenían idea de lo que me interesaba ni en su vida habían oído hablar de ningún cuadro representando a una mujer desnuda. El cuarto estaba ausente de la ciudad desde hacía una semana, y no esperaban que estuviera de regreso hasta un mes después, ya que se había largado al Este en busca de empleo. Si lo obtenía, ya no volvería.

Suspendí la búsqueda durante un rato, y entré en un bar. Tomé un desayuno y dos tazones de café negro para quitarme el sueño, pero ni eso disipó mi pésimo humor. Aproveché la pausa para reflexionar sobre el condenado caso. Me estrellé contra un muro de incógnitas sin respuesta.

De nuevo frente al volante, emprendí la ronda en busca del quinto de mis candidatos. Este ocupaba un apartamento en un edificio de lujo, pero, según el encargado del mismo, había salido, y no tenía idea de cuándo estaría de vuelta.

Eso agrió todavía más mi estado de ánimo.

El sexto habitaba en un edificio sobre cuya fachada el tiempo había estampado su huella, y no para embellecerla precisamente. El traqueteante ascensor me elevó ruidosamente hasta el cuarto piso. El hombre que acudió a mí llamada resultó un coloso impresionante, pero al que la grasa comenzaba a redondear la barriga. Llevaba solo un arrugado pantalón y una camiseta que en alguna época lejana debía de haber sido blanca, sin embargo, el sudor la había teñido de un color indefinible. El tipo lucía también una barba de varios días y estaba de *whisky* hasta las orejas.

Lo descarté con solo verle, sin embargo, me hizo pasar y me invitó a un trago. No había un solo cuadro en las paredes, solo un par de calendarios con mujeres desnudas y a los que nadie se había ocupado de arrancar las hojas desde el mes de enero.

Sobre una mesa se amontonaban los periódicos, todos doblados por la página de las carreras de caballos.

—¿Un cuadro? —rezongó, sentándose—. ¿Tengo yo pinta de coleccionista, hermano?

Apuré el contenido del vaso. No era un mal *whisky*, después de todo.

—Me he equivocado, eso es todo —confesé—. Lamento haberle molestado.

—Nada de eso. ¿Qué le parece la cuarta de esta tarde?

Eché un vistazo al periódico que me señalaba. Antes que pudiera responderle, añadió con mal reprimido entusiasmo:

—Tengo un “soplo” que no puede fallar…

Su aliento apestaba. Sentí tentaciones de cerrarle la boca de un tortazo.

—Que tenga suerte —dije—. Pero no creo en los “soplos” infalibles.

Me aparté de la mesa, dispuesto a largarme de aquel maloliente cuarto, pero el tipo seguía con su idea fija.

—Le aseguro que “Mirna II”, en la cuarta, se llevará el laurel…

Yo ya estaba junto a la puerta. Solo para fastidiarlo dije con voz misteriosa:

—Deje de soñar, compañero. “Labuan” es el penco que va a ganar. Es una carrera amañada, ¿comprende? Todo está preparado para que se paguen sumas astronómicas en ese caballo.

—¿“Labuan”? —soltó algo semejante a un quejido—. ¡Pero si es un jamelgo patizambo que jamás ha hecho nada bueno!

—Por eso mismo han amañado la carrera, para que las apuestas se paguen por lo menos cincuenta a uno. Yo he apostado todos mis ahorros… Olvídese de “Mirna II”.

—¡Madre mía…! Es mi oportunidad…

Cerré la puerta detrás de mí, seguro que perdería hasta las pestañas. Sería la manera de hacerle pagar el hedor que había tenido que respirar a su lado.

Y el séptimo de mis posibles sospechosos también me falló. El hombre había muerto tres días antes de mi visita, a los ochenta años de edad, y sin haber comprado un cuadro en toda su dilatada vida.

Concentré mi atención en el quinto que había visitado, el tipo que estaba ausente. Era mi última esperanza, pero había que esperar a la tarde, por lo menos, para intentarlo de nuevo, de manera que aproveché para llamar a mí cliente y ponerle al corriente de cómo estaban las cosas.

Me escuchó, y pude percibir su jadeo a través del auricular.

—¡Santo cielo! —exclamó, cuando finalicé mi informe—. Un asesinato… ¡Es espantoso, Clark!

—Sí, pero no podemos desperdiciar el tiempo en lamentaciones. Para empezar; ¿quién puede estar enterado de que me ha contratado para descubrir a los chantajistas?

—Nadie. Excepto Lil, naturalmente, pero está por encima de toda sospecha.

—Quisiera tener su seguridad, señor Holborn… ¿Qué me dice de su hija?

—¿Anne? —exclamó, estupefacto—. No sea absurdo. Ella no sabe una palabra de todo esto.

Pensé en las ansiosas preguntas de la muchacha, después de mi primera entrevista con Grant Holborn, pero me abstuve de mencionarlo, por el momento.

—Es indudable que alguien lo sabe —dije—. Y tampoco hay duda

alguna de que tenemos que enfrentarnos con unos tipos dispuestos a todo. Tan pronto se dieron cuenta de cuáles eran nuestras intenciones, enviaron un asesino a terminar con el pobre pintor. No obstante, es posible que ese haya sido un crimen inútil. Tengo otra pista que tal vez nos pondrá en el camino. De momento, no mencione a nadie que estoy trabajando para usted, ¿comprendido? A nadie absolutamente.

—No pensaba hacerlo…

Colgué pensativo. Cada vez me interesaba más la bella hija del productor, y no solamente por su belleza.

Mi siguiente visita fue para el teniente O'Reilly, al que encontré en su despacho masticando uno de sus apestosos cigarros puros.

—¿Te han hablado desde San Francisco? —le espeté, después del saludo.

—Sí; el capitán Hill… Pero maldito si sé qué puedo hacer en este caso. El crimen se ha cometido en Frisco, y no sabemos si el asesino habrá vuelto aquí.

—Regresará, tarde o temprano. Tiene que ser alguien que reside en esta ciudad, O'Reilly, para que pudieran echar mano de él con tanta rapidez.

—Ya lo he pensado. De momento, he mandado que me traigan una lista de los pasajeros del avión de las seis y cinco. Tengo algunos de mis hombres ocupados en identificar a cada uno de los inscritos.

—No esperarás que ese fulano diera su nombre auténtico…

—Claro que no, pero ahí es precisamente adonde quiero llegar. El individuo que no sea localizado ni identificado, será nuestro hombre. Entonces, tendremos una base desde la que partir. Quizá la azafata, o alguno de los otros pasajeros lo recuerde, y sea posible echarle el guante. Y ahora cuéntame a qué viene toda esta ensalada, Jim.

Se lo conté, sin mencionar el nombre de mi cliente. O'Reilly absorbió la información sin despegar los labios hasta que callé. Entonces gruñó:

—Es sorprendente cómo te metes en líos. ¿No puedes ocuparte de casos sencillos, como la mayoría de tus apestosos colegas?

—Cierra el pico. Tengo que trabajar para pagar los impuestos, ¿no es cierto?

—No creo que los hayas pagado honradamente ni una vez en tu vida. Pero eso no me concierne a mí arreglarlo, de manera que dime de una vez qué te propones hacer. Según el capitán Hill, te interesaste por un nombre de los anotados en una especie de libro de contabilidad.

—Ajá; un fulano llamado Terry Finch. No me importa decirte que es mi última esperanza en este condenado lío. Pero hay algo que tú puedes hacer por mí.

—¿Sí?

—Entérate de quiénes están especializados en esta clase de trucos. Ya sabes de qué se trata, ¿no? En los ficheros debe haber un buen surtido de

chantajistas y pájaros del mismo plumaje. Trata de saber cuáles de ellos explotan la especialidad de que te he hablado. Eso sería de gran ayuda para mí.

Refunfuñó, pero acabó por acceder. Sin embargo, me espetó:

—Como de costumbre, no espero que me des nada a cambio, muchacho.

—Con un poco de suerte, quizá ponga en tus manos un asesino. ¿Qué más quieres?

Se encogió de hombros, y esbozó una mueca de incredulidad. Entonces se dio cuenta de cuán húmedo estaba el pedazo de puro que sostenía entre los dientes, así es que lo aplastó contra el desbordante cenicero, y descolgó el teléfono interior.

Permanecí en su despacho hasta haber escuchado cómo daba las órdenes oportunas para que le fuera facilitado lo que yo acababa de pedirle. Después de eso, estreché su mano y me largué, antes que comenzara a interesarse por mí cliente.

Fuera del edificio, anduve hasta donde había dejado el coche. Antes de instalarme ante el volante, encendí un cigarrillo, dudando entre visitar primero a Anne Holborn o al Terry Finch que me faltaba.

Fue en el instante que me disponía a entrar en el auto que la voz dijo junto a mí nuca:

—Necesito hablar con usted, Clark; es muy importante.

Giré en redondo. Era un individuo de tez cetrina y ojos hundidos, con aspecto de poca salud.

—Hágalo —dije secamente—; pero no me haga perder tiempo.

—No podemos hablar aquí, es demasiado visto. Venga a verme a casa, en Van Wick Street, 4807.

—¿Dónde está eso?

—En Lennox.

—Usted está loco si cree que voy a viajar hasta Lennox, sin más motivo que escucharle.

—Le interesa, Clark. Estaré esperándole a las ocho en punto.

Se apartó, y en un instante hubo desaparecido entre la multitud.

Permanecí unos instantes inmóvil, tratando de imaginar qué podría decirme aquel tipo con cara de tuberculoso. Pensé que podía tratarse muy bien de una celada, una emboscada destinada a terminar con mi investigación. Pero reflexioné, de ser así, se hubiera asegurado mejor de mi asistencia a la cita.

Decidí que iría, aunque preparado para cualquier sorpresa.

Una vez adoptada la resolución, saqué el coche del aparcamiento, y conduje sin prisas, rumbo a la residencia de mi cliente. Sabía que él estaba ya en los Estudios, de manera que podría entendérmelas con su hija, sin impedimentos de ninguna clase. Continuaba sumamente intrigado por la

manera como habían averiguado mi intervención en el caso, y, por alguna inexplicable razón, la sola idea de que Anne Holborn fuera quien había traicionado a su padre, me revolvía el estómago.

La encontré sentada en el porche, leyendo una revista cinematográfica. Sobre la mesa había el servicio del desayuno que acababa de tomar, lo que me hizo pensar que sus costumbres, en cuanto a la hora de levantarse, eran también de millonario.

Vestía el mismo ajustado atuendo de la primera vez que la viera, y me pareció más encantadora que entonces, rodeada por la fulgurante vegetación del parque.

—No podrá ver a papá —me espetó de entrada—. Se ha marchado a los Estudios muy temprano.

—Lo sé. He venido a verla a usted.

No pareció sorprenderse con exceso. Tan solo expresó cierta curiosidad.

—Bueno, siéntese, ya que está aquí —murmuró.

Una sirvienta vino y despejó la mesa. Cuando hubo entrado en la casa, dije:

—Usted me hizo unas preguntas, ¿recuerda?

—Sí, claro... ¿ha venido a responderlas ahora?

—No. Alguien ha traicionado al señor Holborn.

Tardó unos segundos en captar el alcance de mi afirmación. Entonces se enderezó y sus ojos lanzaron chispas.

—¿Pretende acusarme a mí, detective?

—Eso es algo que podría suceder en cualquier momento, a menos que me proporcione una razón convincente para su interés en este asunto.

—Esto es... insultante —estalló con voz contenida—. El hecho de que esté trabajando para papá no le autoriza a...

—Tonterías —la atajé bruscamente—. Cuando realizo un trabajo de esta clase, echo mano a todos los medios a mí alcance para conseguir el éxito. Algunos de esos medios son despreciables, pero efectivos. No me gustaría tener que demostrárselos, ni revelar a su padre mis sospechas al respecto. Eso no le gustaría, ¿verdad?

Casi se levantó de un brinco. Yo permanecí quieto, mirándola con cierta burla.

Finalmente, logró sujetar sus nervios y se relajó.

—Está bien —rezongó entre dientes—. Confieso que no me gustaría. Adoro a papá, y eso le causaría mucho daño...

—Bien; su padre ha confiado en mí. ¿Por qué no hace usted otro tanto y me cuenta su apuro?

—No...

—No sea tonta; estoy acostumbrado a ver gente en apuros, y puedo reconocer los síntomas a una milla de distancia. Y usted está metida en algún lío, Anne, sin ninguna duda.

Desvió la mirada y tardó en responder.

—Aunque fuera cierto —murmuró—, no podría confiárselo a usted.

—¿Por qué no? Se está portando como una chiquilla, y no quiere darse cuenta. Puedo ayudarla, si se confía a mí.

—Me sorprende su interés por ayudarme... ¿O piensa presentar dos facturas a los Holborn, en lugar de una?

—Sigue demostrando que es una chiquilla mal acostumbrada y con ideas mezquinas —le espeté tranquilamente—. Todo mi interés está en sacar de apuros a mí cliente, o sea, a su padre. Pero tengo la idea de que si usted se confía a mí, podré realizar mí trabajo más fácilmente. No crea que está tratando con cualquier pisaverde de los que la rodean en su círculo, pequeña...

—Por lo menos, es más desagradable que ellos.

—Seguro, pero tengo ideas, linda. Por ejemplo, ¿qué clase de fotografía tienen contra usted?

Pegó un salto y se quedó en pie, jadeando y pálida en extremo. Mi tiro al azar había dado en el blanco.

—¿Cómo se atreve...?

Tuvo que interrumpirse porque la voz le falló. Yo dije suavemente:

—Estoy seguro que se trata de una foto... es su método de trabajar. ¿Qué le parece si me lo cuenta todo de una vez, y dejamos de tratamos como enemigos? Estoy a su lado, Anne, aunque solo sea porque trabajo para su padre.

Poco a poco, se dejó caer otra vez en el sillón, y rehuyó mi mirada durante unos instantes.

Al fin dijo con voz apagada:

—Es cierto... tienen una fotografía.

No pude retener un suspiro de triunfo. Había vencido.

—Adelante, Anne; la escucho. ¿Cuánto dinero le han pedido?

—Ni un centavo, no es eso lo que quieren...

—¡Qué! —exclamé, atónito.

—Me han ordenado que convenza a papá... para que pague los cincuenta mil dólares.

—Ya veo... ¿Cuándo le hicieron la fotografía?

—Prefiero no hablar de eso, señor Clark.

—Ya que ha empezado, continúe. Necesito saber todos los detalles.

Lo pensó durante casi un minuto. Luego murmuró:

—Pero es tan desagradable...

—No importa. He escuchado cosas peores en mí trabajo.

Nuevo titubeo.

—Fue en una fiesta, después de asistir a un estreno.

—¿Dónde tuvo lugar esa fiesta?

—En la residencia de Dan Ferguson. Este había dirigido la película que

acababa de estrenarse, y papá la había producido.

—¿Qué ocurrió en la fiesta?

—Hubo baile hasta muy tarde. Bebí más de la cuenta... ya sabe lo que pasa en esas reuniones. Casi toda la noche bailé con Jack y...

—Un momento —la interrumpí—; no olvide que yo no conozco a las personas que nombra. Detálleme quién es cada uno de ellos, y las cosas serán más fáciles.

—Oh, bueno... Se llama Jack Runyon. Es uno de los escritores de la productora de papá. Él es quien... Bueno, el que está conmigo en la fotografía.

—¿En qué lugar de la residencia?

—En el jardín... detrás de la piscina.

—¿Cree que había luz suficiente para sacar una fotografía, o vieron ustedes el chispazo del “flash”?

—No vimos ningún chispazo. Y no había luz. Aunque yo estaba bebida, lo recuerdo muy bien.

—Obra de un experto —mascullé entre dientes.

—¿Qué dice?

—Utilizaron luz ultravioleta. Condenadamente listos. Pero siga, pequeña.

—¡Deje de llamarme pequeña! —exclamó.

—Está bien, como quiera.

—No creo que haya nada más que decir...

—¿Se pusieron, después, en contacto con usted por teléfono también?

—No, se me acercó un hombre en el “Sans-Souci”.

Casi pegué un brinco, estupefacto.

—¡Y decía que no...! Está bien, dejémoslo. ¿Conocía usted al individuo que se le acercó?

—Nunca le había visto.

—Pero podría reconocerlo si lo viera otra vez, ¿no es así?

—Perfectamente. El tipo se sentó a mí mesa con toda desfachatez...

—*Okey,* eso fue una metedura de pata por su parte. Imagino que no la consideraban a usted peligrosa, al no exigirle dinero... ¿Es muy comprometedora la foto, linda?

—¡Oh, sí! —exclamó impetuosamente. Luego se arrepintió y desvió la mirada.

—Está bien, no tiene ninguna necesidad de sonrojarse. Estoy pensando en lo oportunos que fueron al tener un fotógrafo equipado con ultravioleta en la fiesta. O tal vez estaban preparados para actuar aquella noche. Pero si fue así, forzosamente debían saber que la cazarían a usted en un momento determinado... Creo que tendré que hacerle unas preguntas a ese Jack Runyon, linda.

—Si sospecha de Jack, es que no ve usted más allá de sus narices, señor

Clark.

—Es posible —corté el tema para que ella no se alarmara. En lugar de seguir hablando de Jack dije—: ¿Qué le parecería recorrer esta noche todos los clubs del Sunset?

—¿Con usted?

—Naturalmente. Puedo ser más agradable, si me lo propongo. Y se trataría de una excursión en acto de servicio. Intentaríamos localizar al tipejo que se le acercó en el “Sans-Souci”. ¿Qué me dice, linda?

Necesitó pensarlo casi dos minutos, antes de decidirse.

—Está bien —accedió al fin—. Iré con usted.

—Perfecto. Será una noche un tanto agitada, pero creo que valdrá la pena intentarlo. No obstante, no podré reunirme con usted hasta muy tarde… A las ocho tengo una cita importante.

—¿Una mujer?

La miré burlonamente.

—Nada de mujeres cuando estoy trabajando —reí—. Un tipo con cara de mala salud.

—¿Qué?

—Olvídelo. Vendré a las nueve. ¿Conforme?

Asintió con un gesto. Me sonrió por primera vez, y se levantó para acompañarme a través del jardín hasta donde había dejado el coche. Daba la impresión de haber arrinconado definitivamente su armadura de altivez. Me gustaba todavía más así.

Cuando abrí la portezuela, ella murmuró:

—Ojalá pueda usted ayudarnos, señor Clark.

—Si tenemos que ir de juerga los dos juntos, será mejor que me llame Jim —repliqué.

—Muy bien, Jim.

Se empinó sobre las puntas de los pies y me rozó los labios con los suyos. No fue más que un tenue roce, tan suave como el aleteo de una mariposa. Inmediatamente se alejó de mí, casi corriendo.

No me caí de espaldas porque pude apoyarme en la carrocería.

No había manera de entender a aquella gente…

CAPÍTULO V

El encargado sonrió.

—Esta vez tiene más suerte —dijo—. El señor Finch está en casa.

—Gracias. ¿Hace mucho que ha llegado?

—Como unas dos horas.

Subí arriba y llamé a la puerta. No respondió nadie.

Repetí la llamada un par de veces más, antes de convencerme de que el portero estaba equivocado. Finch debía haber salido sin que el empleado lo viera.

Entonces se me ocurrió que bien podía ser aquella la oportunidad que había estado esperando. Si Terry Finch era el comprador del cuadro, no era nada descabellado pensar que tal vez lo tuviera colgado en su apartamento...

Miré a ambos extremos del pasillo. Estaba desierto y no se escuchaba ningún rumor.

Saqué el pequeño estuche adosado al llavero, y puse manos a la obra. La maldita cerradura se resistió a casi todas mis ganzúas, pero cuando ya desesperaba, sonó un chasquido y la puerta se abrió como una muda invitación.

Me colé al interior, y cerré detrás de mí. Había muebles lujosos y espesas alfombras. La luz de una ventana, al otro lado del salón que comunicaba con el *hall,* me permitió ver los detalles de excelente gusto que me rodeaban.

Avancé silenciosamente. Descubrí multitud de cuadros adornando las paredes, cuadros de diferentes escuelas y tendencias, pero que debían haber costado una fortuna.

Entonces descubrí el marco. Estaba en el suelo, junto a la pared. Al primer vistazo localicé el clavo del que había estado colgado y el rectángulo más oscuro en la pintura de la pared.

Aquello me dio mucho que pensar, antes de decidirme a tocar el marco. Incluso cuando lo hice fue con la mano protegida por el pañuelo.

La tela había sido cortada con un cuchillo para arrancarla del marco. Quien fuese que había hecho el trabajo, no había tenido inconveniente en destrozarla, por cuanto el corte era irregular y quedaban algunos trozos con restos de pintura todavía.

Casi estuve seguro de que era el cuadro que había estado buscando. Las dimensiones eran iguales que las del original, por lo que podía recordad. Sin embargo, Finch había estado en el apartamento, un par de horas antes, ¿cómo no había advertido el estropicio? O tal vez entonces la tela

estuviera intacta todavía…

De repente, el corazón me dio un salto ante lo que acababa de ocurrírseme. Era una idea insensata, pero que puso escalofríos en mi espalda.

Inicié un rápido examen del espacioso apartamento. Metí la nariz en el cuarto de baño; en una habitación amueblada como despacho; en otra con una gran cama; en la cocina; en otro dormitorio más pequeño…

Y en este lo encontré.

Estaba tendido sobre el lecho. La sangre había empapado la blanca sábana, y al acercarme pude comprobar que en algunos lugares ya se había secado.

Quedé allí, clavado como un poste, mirando el rostro contorsionado de aquel hombre al que no había visto nunca. Tendría alrededor de cuarenta años, pero era delgado, y por su tipo aparentaba menos edad.

Sin apenas darme cuenta, murmuré una selección de juramentos antes de girar sobre mis talones y regresar a la salita. Una vez más, la muerte me había ganado la carrera.

Siempre protegiéndome los dedos con el pañuelo, descolgué el teléfono y llamé al teniente O'Reilly. Su voz me llegó con su tono aburrido de costumbre.

—Escucha, O'Reilly —dije interrumpiéndole—. Ya sé que eso no ayudará a que mejore tu humor, pero he encontrado un "fiambre".

—¿Qué has encontrado qué? —aulló.

—Un "tieso". Será mejor que vengas cuanto antes, eso es asunto tuyo.

—¿Quién es el muerto?

—Terry Finch; ya te he hablado de él, ¿recuerdas? Un aficionado a la pintura que…

—¡Oh, cierra el pico! ¿Dónde está esa joya?

Le dicté la dirección. El machacó todavía:

—No te muevas de ahí o tendrás un disgusto. No tardo ni diez minutos.

Colgó y yo hice lo mismo. Encendí un cigarrillo para entretener la espera, pero apenas había dado un par de chupadas cuando sonó el teléfono.

Tras una vacilación, lo descolgué preguntándome qué voz tendría el tal Finch…

Una voz de mujer preguntó vivamente:

—¿Terry?

Tragué saliva y respondí:

—Sí, dime.

—¡Oh!

El chasquido del teléfono al ser colgado de golpe fue la respuesta de la dama. Por lo visto, conocía bien la voz de Finch, aunque me resultó muy extraño que, incluso advirtiendo que no era el dueño del apartamento

quien respondía, se hubiera alarmado hasta el extremo de colgar instantáneamente.

O'Reilly tardó un poco más de diez minutos, pero cuando entró lo hizo seguido por los expertos de su departamento y por el forense, al que debía haber pescado al vuelo para ganar tiempo.

—Después ya me contarás lo demás —gruñó—. ¿Dónde está el cadáver?

Les mostré el dormitorio, y todos, excepto el fotógrafo, desaparecieron dentro. Contemplé cómo el tipo preparaba el trípode y la cámara, cómo comprobaba el "flash" y después de eso encendía un cigarrillo.

Busqué un asiento cómodo, acerqué un cenicero limpio, y me dediqué a esperar.

Había fumado tres cigarrillos cuando el teniente salió de la habitación acompañando al médico, al que interrogó mientras el matasanos buscaba el lavabo.

—No hace más de dos horas que ha muerto —sentenció el hombre, con voz gruñona—, pero tampoco menos de una, a juzgar por la sangre. ¿Dónde está ese lavabo?

Le indiqué lo que buscaba. O'Reilly refunfuñó:

—Casi lo han abierto en canal. Nunca había visto una cuchillada semejante...

—¿Y el arma?

—No está en la habitación.

Me levanté. Advertí entonces que estaba más cansado de lo que hubiera querido.

—Han robado una tela —anuncié.

—¿De qué estás hablando?

Le mostré el marco vacío. Mientras él lo contemplaba, añadí:

—Quizá el criminal ha utilizado el cuchillo homicida para cortar la tela, ¿no te parece?

—Tal vez, pero dudo que se lo haya llevado sucio de sangre. Debía tratarse de un "pincho" de respetable tamaño... casi una espada, maldita sea.

Fue uno de sus hombres quien lo encontró en un rincón, detrás de una butaca. Era un vulgar cuchillo de cocina de grandes proporciones, y estaba manchado de sangre. Incluso la había en la empuñadura de la madera.

—No va a servirnos de mucho —rezongó O'Reilly—. El tipo debe haber llevado guantes...

—Ojalá hubiese venido más pronto —me lamenté—. Le hubiera salvado la vida, tendríamos el cuadro y seguramente sabríamos ya quiénes están detrás de las extorsiones. Pero la primera vez que he tratado de verlo estaba ausente...

—Olvídalo. Ni tú ni nadie puede predecir lo que va a suceder en estos

casos.

—Ahora que recuerdo; una mujer ha llamado por teléfono mientras esperaba tu llegada. Cuando se ha dado cuenta de que mi voz no era la de Finch, ha colgado de golpe.

—¿Ha preguntado por él?

—Naturalmente. Pero es raro que haya colgado con tanta brusquedad. A juzgar por su voz tensa, casi podríamos creer que no esperaba que le respondiera nadie.

—Podría ser... Una llamada para asegurarse de que el tipo estaba seco. ¿Es eso lo que insinúas?

—Exacto.

—Todo esto va a levantar una buena polvareda, Jim. ¿Estás seguro de que no tienes nada que decirme? Algo que pueda ayudarnos... No olvides que ahora ya no es un caso de chantaje, sino de asesinato.

—¿Qué demonios quieres que te cuente? Sabes tanto de este asunto como yo.

—Me gustaría estar seguro. Y ahora lárgate de aquí. Ya nos veremos en mi oficina.

No me hice repetir la orden, y abandoné el apartamento, con un infernal concierto de ideas atronando mi mente. Me dije que, entre otras cosas, necesitaba ver a la otra estrella de Holborn, la espectacular Rosse Hill. Supuse que no la encontraría de buen humor, después de haber visto aquella fotografía suya publicada en la revista...

Pero tampoco el mío era como para gastarme ninguna broma. Empezaba a cansarme de la gente de Hollywood y de sus nauseabundos problemas.

CAPÍTULO VI

La estancia a la que fui introducido tenía reminiscencias orientales. Toda la extensión de suelo estaba cubierta por una espesa alfombra blanca como la nieve. Sobre ella, artísticamente desparramados, algunos almohadones de distintos colores formaban manchas y contrastes.

Dos bajas mesitas y cuatro butacones era el resto del mobiliario. Cubriendo el enorme ventanal practicable, colgaba una finísima cortina también blanca, a través de la cual se filtraba tenuemente la débil luz del atardecer.

Rosse Hill era tan hermosa y provocativa como en la pantalla, pero con algunos años más de los que pregonaba la publicidad de los Estudios.

—No tengo nada que decir sobre esa fotografía, señor Clark —dijo, en respuesta a mis primeras preguntas.

—¿No ha hablado usted con el señor Holborn?

—Sí. Él me ha indicado que usted vendría a verme en cualquier momento. Pero no tengo nada que decir.

—Está repitiendo las mismas palabras, igual que una lección bien aprendida —rezongué, impaciente—. Su actitud únicamente beneficia a los chantajistas que explotan semejante negocio.

—No sé nada de ningún chantaje —replicó.

Pensé en contar hasta cien antes de estallar. La gran estrella hablaba igual que un papagayo bien amaestrado... aunque eso no debería haberme sorprendido, conociendo el mundo del séptimo arte como yo lo conocía.

Conseguí dominarme y dije:

—El hecho de publicar la fotografía en la revista no debió reportar muchos beneficios a los que la hicieron. A menos, naturalmente, que alguien hubiera intentado vendérsela a usted...

—Nadie me dijo una palabra sobre esa foto hasta que la vi publicada. ¿Cree que si me la hubiesen ofrecido, hubiera dejado de comprarla?

—Está bien, nadie intentó hacerle un chantaje... a usted... pero tal vez sí quisieron sacarle el dinero a su compañero, el hombre que aparece en la fotografía. ¿Se lo ha preguntado usted?

—Tampoco a él. Ya lo hemos discutido.

—¿Le importaría decirme quién es él? Me gustaría interrogarlo también.

—No puedo decírselo. Él está casado.

—Bueno, no puede decirse que no se hayan ganado ustedes a pulso lo que les está sucediendo —mascullé, de mal talante.

—Ahórrese los comentarios, detective. No tiene usted aspecto de

moralista.

—¡Oh, al diablo! —estallé—. Quizá sigan publicando fotografías de usted, tan sucias como la primera. Tenga la seguridad de que las recortaré y formaré un álbum con ellas, solo para que me recuerde la clase de mujeres que no me convienen. Que tenga mucha suerte, señorita Hill.

Se quedó con la boca abierta, viéndome marchar. Cuando reaccionó y me llamó furiosamente, no volví atrás, sino que seguí hasta la salida y cerré de un portazo.

Mientras pilotaba el coche en ruta hacia el distrito de Lennox, reflexioné profundamente sobre aquella fauna inmoral que habían tomado al mundo como plaza conquistada, entregándose a toda clase de excesos. No podían lamentarse si los cuervos se cebaban en sus carroñas, alguna que otra vez. Solamente ellos los habían atraído.

La dirección que me había dado el desconocido de aspecto enfermizo, correspondía a un *bungalow* construido casi al extremo de una calle tranquila y silenciosa, a la que apenas llegaba el rumor de la cercana autopista.

Detuve el coche a cierta distancia, recorrí el resto del camino a pie y, al atravesar el pequeño prado que había frente a la casa, saqué el revólver de la funda y lo trasladé al bolsillo de la chaqueta, donde dejé también la mano para estar preparado frente a cualquier amenaza que pudiera surgir.

No tuve que llamar a la puerta; esta se abrió y el desconocido dijo con voz nerviosa:

—¡Entre, rápido!

Crucé el umbral. El cerró la puerta, apenas hube entrado, y me encontré envuelto en oscuridad.

—Encienda una luz, compañero —ordené—. Tiene usted un revólver apuntándole a la barriga, de manera que no haga tonterías.

—No le he tendido ninguna emboscada —explicó apresuradamente, con su voz cascada—. Sígame hasta una habitación interior. No quiero que nadie vea la luz mientras esté usted aquí.

Me llevó a una diminuta estancia interior, sin ventilación y con un penetrante olor a lugar cerrado. Allí había una pequeña lámpara en un rincón y el tipo la encendió, volviéndose a mirarme con una pálida sonrisa en sus labios sin sangre.

—Siéntese, Clark. Debo darle las gracias por haber venido.

—Vayamos al grano. ¿Qué es lo que, según usted, me interesa saber?

—Usted está siguiendo la pista de un cuadro, ¿no es cierto? Un cuadro pintado por Dave Gurney.

Dominé mi desconcierto y no despegué los labios. ¿Es que toda la ciudad estaba enterada de lo que yo intentaba hacer?

El prosiguió, al cabo de un instante:

—Puedo decirle también quién fue el que compró el cuadro… Se llama

Terry Finch. Lo compró, a pesar de saber que era una copia y a despecho de saber también quién era el poseedor del original. Además, Finch es un experto en pintura, Clark. ¿No es sorprendente?

—Siga hablando.

—Finch posee un apartamento lujoso. También tiene una gran casa en la playa, donde se celebran grandes bacanales de vez en cuando… a las que asiste toda una fauna de degenerados y anormales.

—¿Ha asistido usted a esas fiestas?

—Una sola vez, aunque no como invitado. Me invité yo mismo… solo para comprobar personalmente lo que allí sucedía.

—¿Con qué objeto, para sacarles los cuartos después?

Esbozó una sonrisa, y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No —murmuró—. Quería escribir una serie de artículos denunciando la inmoralidad, la perversión de costumbres que está adueñándose de nuestra sociedad. Yo era reportero hasta hace algún tiempo. Estaba en la plantilla del “Globe”, ¿comprende?

—No del todo. ¿Por qué dejó de trabajar para el periódico?

—Me despidieron cuando presenté mis primeros trabajos sobre el particular. Uno de los mayores accionistas del periódico es un asiduo concurrente a las orgías en casa de Finch. En cuanto se enteró de lo que me proponía, me barrió del periodismo.

—Ya veo. ¿Cómo ha averiguado lo que estoy haciendo yo?

—Tengo contactos todavía. Además, he estado siguiéndole un poco…

—Resulta sorprendente su interés. ¿Qué se propone, en realidad? Y si puede, dígame también cómo se llama usted.

—Mi nombre es McInnes. En cuanto a mis propósitos, solo ambiciono derribar a esos dioses de pies de barro, conseguir un artículo sensacional, capaz de levantar un escándalo en la opinión pública…

—¿Y cree que yo puedo ayudarle a conseguir todo eso?

—Seguro. Usted va por el buen camino. Cuando el asunto estalle, quiero la exclusiva de cuanto haya averiguado usted, Clark. Ese es el precio de mis informes.

—Todavía no me ha dado usted un solo informe digno de ese nombre.

—Se los daré, no se impaciente. Pero imagino que lo de Finch sí es importante para usted, ¿eh, Clark? Él es quien tiene el cuadro.

—Tenía.

—¿Eh?

—Alguien ha robado la tela, desgarrándola de cualquier manera. Antes de hacer eso, ha asesinado a Finch.

—¿A Finch? ¿Estás seguro?

—Completamente. Yo he descubierto el cadáver.

—No han querido correr riesgos, sin duda… Finch era un elegante degenerado, sin pizca de valor… Habría cantado, y ellos lo sabían.

—¿Quiénes lo sabían?

—Los que manejan ese negocio de las fotos.

—Hasta ahora, no me ha dicho nada de interés. ¿Es cierto que sabe usted algo del caso o no, McInnes?

—¡Claro que lo sé! Hasta puedo decirle dónde está el laboratorio donde preparan las fotos.

Eso sí tenía un interés capital. Y aquel tipo estaba soltando los informes con una calma desesperante.

—Si eso es cierto —dije con voz tensa—, quizá lleguemos a un acuerdo usted y yo. Pero no pierda más tiempo, y vaya al grano de una condenada vez.

—Hay tiempo para todo.

—No lo hay. Hasta ahora, han logrado adelantarme en cada nuevo paso que he dado, eliminando a los hombres que habrían podido informarme.

—En el caso del laboratorio, no sabrán que lo conocemos hasta que ya sea demasiado tarde para ellos.

—Está bien, dígame quién es el fotógrafo, para empezar.

—Se llama Shackley. Estuvo empleado en el estudio de una agencia de publicidad. Tuvo un lío con una de las modelos y le despidieron. Entonces comenzó a tantear este asunto y...

—Iré a verle —sentencié.

—Deberá tener mucho cuidado, Clark. Shackley es peligroso. Jamás ha sabido lo que son escrúpulos profesionales ni de ninguna clase. Ese asunto del chantaje le vino como anillo al dedo.

—Yo le pondré el anillo en la nariz —refunfuñé.

—Ojalá lo consiga usted. Pero tenga en cuenta que tienen influencia...

—Yo también la tengo.

Le mostré el revólver al sacarlo del bolsillo. Noté su sobresalto. Mientras lo colocaba en la funda, añadí:

—Esta clase de influencia jamás falla, McInnes, si uno sabe cómo utilizarla. Ahora solo falta que me dé las señas del laboratorio, y casi me habrá hecho usted feliz.

Me las dio y yo las anoté en un papel para estar seguro de no olvidarlas.

—¿Sabe también a qué horas acostumbra estar Shackley en su laboratorio?

—Generalmente de noche. Trabaja hasta muy tarde.

—¿Hasta qué hora?

—No lo sé... hay noches en que ha salido a las cuatro de la madrugada... otras más pronto... No lo sé con exactitud.

—Está bien, trataré de entrar cuando no esté él para registrar a fondo. Luego me las entenderé con nuestro artista de la cámara.

Me dispuse a marchar, al darme cuenta de que el reportero ya no tenía

nada más que decir. Pero antes quise aclarar:

—¿Por qué no ha tratado de investigar por su cuenta, McInnes? Podía conseguir el artículo sin ayuda de nadie, siendo un reportero experimentado.

—A mí me conocen, especialmente Shackley. Sería demasiado arriesgado.

—Comprendo.

—Recuerde que la exclusiva me pertenece —machacó cuando me acompañaba a la puerta.

—No lo olvidaré.

Emprendí el regreso, con una sensible mejora en mi estado de ánimo. Al fin tenía algo consistente a que asirme. Si el periodista no había mentido, dentro de aquel laboratorio podría encontrar material muy interesante... además del fotógrafo, claro.

Tenía el tiempo justo para llegar a mí apartamento, cambiarme de ropas y acudir a la cita con Anne, de manera que hundí el acelerador y traté de alejar la multitud de ideas que bullían en mi cabeza. Ya me quedaría tiempo para analizarlas mejor en otra ocasión.

Cuando detuve el auto casi frente a la entrada del edificio, comprendí que de todas formas llegaría tarde a la cita. Salté del auto a la acera. Vi venir un raudo coche deportivo por el centro de la calle y lo miré, interesado. Era justamente la clase de coche que siempre había ambicionado...

De repente, hubo un chispazo tras el volante y algo rebotó furiosamente contra el capó de mi auto, abriendo un surco en la pintura.

Cuando reaccioné, el coche deportivo doblaba ya la primera esquina con un agudo rechinar de sus ruedas.

No había resonado ningún estampido, lo cual demostraba que habían utilizado un silenciador. Pero para que tuviera tamaña efectividad era preciso que el arma empleada fuera de pequeño calibre...

Pasé el dedo por el surco dejado por la bala sobre el capó. No le había faltado mucho para que hubiera acabado hundida en mi estómago.

Perplejo, entré en el edificio sin comprender el absurdo ataque. Un balazo de pequeño calibre desde un auto deportivo, uno de esos bólidos europeos, bajos y estilizados. Y disparado por alguien impreciso, pero con un sorprendente dominio del arma, toda vez que había estado conduciendo a buena velocidad y disparado al mismo tiempo... con sus gráciles manos femeninas.

Porque había podido ver perfectamente su largo cabello agitado por el aire, y su contorno netamente de mujer.

Afortunadamente, nadie se había percatado del atentado, de manera que no tuve que perder tiempo con formalidades. Subí al apartamento, me duché rápidamente, me enfundé en un traje nuevo, sin dejar de darle

vueltas al ataque sufrido.

Acabé cansándome del tema y me esforcé por concentrar todas mis ideas en Arme Holborn.

Fue al cambiar el contenido de los bolsillos de un traje a los del otro que encontré el papelito donde había anotado las señas del fotógrafo. Dudé entre dedicarme primero a él antes de salir con la muchacha.

Pero los informes del reportero detallando que el tal Shackley estaba en el estudio hasta altas horas de la noche me hicieron desistir, y opté por dedicarme primero a recorrer los antros nocturnos en compañía de la deliciosa Anne. Por lo menos, este sería un trabajo agradable.

El primero desde que me había hecho cargo del maldito asunto.

CAPÍTULO VII

Cuando alguien dice que Hollywood ya no es lo que era en otros tiempos, por regla general ese alguien tiene razón. Sin embargo, queda suficiente espíritu del viejo Hollywood como para llenar toda una enciclopedia dedicada a una época de oro y oropel.

Acurrucado a los pies de las montañas de Santa Mónica, buena parte de él vive de los recuerdos que pasaron, pero su vida ha sido renovada por una legión de gentes venidas de todas las partes del país, llamadas por la Televisión.

Y todas esas gentes, y otras muchas, viven y sufren en Hollywood, trabajan, envidian y ambicionan, y, naturalmente, se divierten como cualquier hijo de vecino.

Para divertirse tienen infinidad de lugares más o menos públicos, desparramados hasta en los más insospechados rincones. Y en el Sunset Boulevard, claro. En esta vía, famosa en el mundo entero, se amontonan los bares, los restaurantes, los cabarets de más o menos fama, los garitos de desnudistas que, comparados con los tan cacareados de París, dejan a estos convertidos en escuelas de párvulos.

Y tomadores de apuestas clandestinas, pero contratadas a la vista de todo el mundo. Y multitud de jovencitas que han fracasado en el cine y están triunfando en otra clase de arte.

Esta es la región incrustada en el corazón de Los Ángeles, pero en la que la policía de la ciudad no tiene jurisdicción, no puede meter la nariz, bajo ningún pretexto. La máxima autoridad de ese pedazo de manicomio urbanizado es el *sheriff* del Condado, asistido por sus alguaciles, todos ellos ataviados con uniformes de opereta y, todos ellos también, afectados por una muy conveniente ceguera por lo que ocurre cada noche en su lujosa demarcación.

A esa babel fuimos a parar Anne y yo aquella noche. Nuestra primera recalada fue en el *Sans-Souci,* el local donde le habían hecho la proposición. El ambiente francés de aquel lujoso antro me dejó frío, pero mi temperatura bajó mucho más cuando vi lo que me cobraban por dos miserables y escasos tragos.

Anne murmuró:

—No veo a ese hombre, Jim.

—No esperaba que pudieras localizarlo al primer intento —dije para animarla—. Cuanto más tiempo tardes, más tiempo gozaré de tu compañía.

Me miró sospechosamente, pero acabó obsequiándome con una de sus sonrisas.

—Solo por ese halago te permitiré bailar una vez conmigo, grandullón.

Salimos a la pista y durante unos minutos lo pasamos todo lo bien que yo podía desear. Después, la música cesó y actuaron algunas atracciones mediocres. No justificaban el precio cobrado.

Después del “Sans-Souci”, recorrimos cuantos locales encontramos al paso en la misma acera, sin hacer distingos de categoría. Anne protestó cuando atravesé las puertas de un espectáculo de *strip-tease,* pero le recordé que estábamos de trabajo, y me siguió refunfuñando.

Había mucha gente, y tuvimos que acomodarnos en una esquina del mostrador.

—¿No comprendes que ese pájaro puede estar aquí, con tanta seguridad como en otro local cualquiera? —le dije, mientras nos servían lo pedido—. Esa gente se divierte igual que cualquier otra. ¿Por qué no van a frecuentar un sitio como este?

—Cállate, grandullón —me espetó, riendo—. Si deseabas ver un espectáculo de esa clase, no tenías que esforzarte por buscar excusas.

—Tonterías. Quiero encontrar a ese individuo.

Dejé de mirar el centro de la pista, donde una escultural bailarina estaba llegando a la cumbre de su actuación, y me volví hacia mi acompañante. Vi su sonrisa burlona, y no dije nada.

En ese preciso momento hubo un redoble de tambores, y giré en redondo en el instante en que se apagaban las luces de la pista. Cuando se encendieron de nuevo, la bailarina había desaparecido y los espectadores se rompían las manos aplaudiendo.

—Me lo he perdido —rezongué—. Eso me pasa por acceder a actuar como carabina a tu lado.

—No seas tonto. Si has visto una mujer desnuda, las has visto a todas.

—Tengo una memoria fatal, nena. Además, “esa” no he podido verla.

Se echó a reír y vació su vaso. Tras esto dimos una vuelta por el local, sin que ella viera el menor rastro del enlace de los chantajistas.

Después de este, vinieron otros espectáculos, otros locales y otras bebidas.

Cuando cambiamos de acera, después de la una de la madrugada, fuimos a parar al rutilante bar del “Courtney’s”. En esa cueva de potentados, el ambiente era más refinado y predominaban las mujeres cargadas de diamantes, carentes de vestido en el gran escote y ojos brillantes y sensuales.

El *maître* debía conocer a Anne, porque la saludó respetuosamente, y sin una palabra nos condujo a una mesa al borde de la pista. Abandoné la barra con disgusto al imaginar lo que me cobrarían con el servicio. Afortunadamente, recordé la nota de gastos y eso mejoró mi humor.

—¿Cansada? —indagué, cuando el camarero se alejó después de servir lo que ella había pedido.

—No... me divierto.

—Lo que tienes que hacer es mantener los ojos muy abiertos por si ves a tu amable comunicante.

—No se me escapará, si le echo la vista encima. Pero entretanto, quiero bailar, grandullón. No debería pedírtelo, pero tú no tomas la iniciativa...

—¿Olvidas que estoy de servicio? —dije, levantándome.

Ella se levantó también, apuró la mitad de su vaso y la imité. La condenada mezcla que nos habían servido era deliciosa, de manera que la apuré antes de salir a la pista. Sentí una extraña ligereza en los pies. Valiente manera de trabajar.

Tener a Anne en brazos era una sensación embriagadora. Bailaba maravillosamente y parecía entregarse, confiarse a uno, dejándose llevar como si volara.

Su perfume suave me envolvía, y el roce de su mejilla en mi cara era un continuo motivo de preocupación para mantener las distancias.

Bailamos tres o cuatro piezas seguidas, sin movernos de la pista, apenas sin separarnos cuando la orquesta callaba unos segundos para cambiar las partituras.

Ella murmuró:

—Me siento como si estuviera suspendida entre una nube, Jim. ¿Crees que he bebido demasiado?

—Lo creo, pero me gusta que te sientas así.

—¿Por qué?

La estreché sobre mi pecho y reanudamos el baile. Sentí sus labios aletear en mi cuello cuando susurró:

—Eso es también una respuesta, grandullón, pero vas a quebrarme la cintura...

Cuando volvimos a la mesa hizo seña a un camarero y pidió dos vasos más de lo mismo.

Entonces se enderezó en la silla y murmuró:

—Acaban de entrar Dan Ferguson, papá y Patt.

Volví la cabeza a tiempo de ver el trío. La mujer era una estatuaria belleza fría y llamativa, que andaba entre los dos hombres como una reina escoltada por dos vasallos.

—¿Quién es esa Patt, nena?

—La esposa de papá.

—A juzgar por la manera como hablas de ella, no le tienes simpatía alguna, Anne. ¿Por qué?

—No quiero hablar de eso. ¿Qué hacemos?

—¿Qué demonios quieres hacer? Seguir aquí. ¿O tienes miedo de ellos?

—No, en absoluto.

En ese momento el trío nos descubrió. La hermosa mujer clavó sus ojos en Anne, tardó unos segundos en esbozar una sonrisa. El señor Holborn se

quedó de una pieza al reconocerme y ver que estaba en compañía de su hija.

En cuanto a Dan Ferguson, se limitó a seguir al matrimonio cuando se acercaron a nuestra mesa.

La bella dama runruneó:

—¿Te diviertes, hijita?

Anne miró a su padre antes de hablar:

—Lo estoy pasando muy bien, Patt. ¿No conoces a Jim?

Me incliné ante ella. Sus ojos grises y helados me examinaron como si estuviera ante un insecto de alguna especie desconocida. Luego se apartaron de mí, y la sonrisa asomó otra vez a sus rojos labios.

Mi cliente murmuró:

—¿Cómo le va, señor Clark?

—Bien, pronto podré comunicarle algo importante.

—Bien, bien; diviértase, pero cuide de Anne. A veces, se porta como una chiquilla.

—Lo sé —dije, pensando en la foto que le habían hecho.

Ella me fulminó con la mirada. Holborn no me presentó a Ferguson, y todos ellos se alejaron de nosotros. La mujer llevaba a los dos hombres enlazados por el brazo.

—¿Qué te ha parecido? —murmuró Anne.

—Muy bella.

—¿Y…?

—Eso es todo.

—Veo que lo has comprendido —suspiró—; si papá no fuera tan endiabladamente tonto…

Estuve mirándoles con disimulo mientras eran acomodados por el *maître*. Cuando este se alejó, la mujer y Dan Ferguson salieron a bailar. Un hombre se acercó a la mesa, se sentó, y comenzó a hablar animadamente con Holborn.

—¿Quién es ese que está con tu padre?

—Un guionista del Estudio. Fíjate en esos dos —rezongó, señalándome a Ferguson y su pareja.

Bailaban muy juntos, aunque con corrección. Sin embargo, advertí cierto nerviosismo en el director de películas. Hubo algunos momentos en que acercó tanto su cara a la de la mujer, que casi pareció que iba a besarla, pero se limitó a hablarle rápidamente al oído.

—Y papá sin darse cuenta —murmuró Anne.

—Deja de espiarlos, ¿quieres? —gruñí—. No es asunto tuyo, después de todo. Además, no están haciendo nada malo. Anda, vamos a bailar también.

—Ahora no, Jim…

Me dediqué a beber a pequeños sorbos todo el contenido del vaso.

Grant Holborn y su guionista hablaban, cada vez con más entusiasmo.

Miré mi reloj y dije:

—Vamos a recorrer más antros como este, linda. Es ya muy tarde.

—Está bien.

Llamé al camarero, pagué y, pensando que a fin de cuentas quien abonaría todo aquello sería mi cliente, añadí una propina acorde con los precios.

—¿Qué tal director es ese Ferguson, Anne?

—Muy bueno, casi un genio. Pero tiene un carácter dominante, insoportable. Papá no debió confiarle la dirección de su última película, y menos en esas condiciones… Pero Patt exigió que fuera él quien dirigiese la película para acceder a aportar su capital.

Nos levantamos. Solo entonces advertí que Holborn y el guionista habían desaparecido y que en la mesa estaban solamente Patt y Ferguson, enfrascados en una absorbente charla.

Conduje a Anne hacia la salida. Parecía haber perdido la alegre espontaneidad de que había hecho gala toda la noche.

En el vestíbulo, estaba ayudándola a colocar sobre sus hombros el ligero abriguito de verano cuando advertí que su cuerpo se ponía rígido como una tabla. Al mismo tiempo, en mis manos noté su vivo temblor.

Sorprendido, contemplé al trío que se había detenido en la puerta de la calle. Los dos hombres eran tan distintos que casi causaban risa. Uno de ellos era alto y de complexión fuerte y desarrollada. Un cuello de toro sostenía una cabeza desproporcionada al resto del cuerpo.

El otro era de estatura menos que mediana, con una incipiente calva y cara de hurón. Los dos estaban hablando con la chica que les acompañaba, una de los centenares que llevaba vistas aquella noche.

—¿Es él? —murmuré.

—Sí, Jim; el más bajo… ese calvo.

—*Okey,* linda. Vuelve al salón y espérame en la misma mesa que hemos ocupado.

—¿Qué piensas hacer?

—Llevármelo a un lugar donde pueda obligarle a hablar.

—¡Pero, Jim! ¿No temes que el más corpulento sea cómplice del pequeño?

—Los separaré… Ve a la mesa.

—No, Jim…

—¡Maldita sea! ¿No te das cuenta que a mí lado solo servirás de estorbo? No podré desenvolverme con libertad, si sé que estás cerca.

En aquel instante los dos hombres y la chica se decidieron a entrar. Yo intenté apartar a Anne a un lado, pero fue demasiado tarde. El pequeñajo la descubrió y pegó un respingo, deteniéndose en el umbral de la entrada. Instantáneamente habló con su compañero y este nos miró con los ojos

entrecerrados.

—Bueno —dije con un gruñido—. Lo has estropeado al final, nena. Veremos ahora cómo lo arreglo... Quédate aquí, pase lo que pase, ¿está claro?

—¡Jim!

—Si no obedeces, voy a darte la mayor paliza de tu vida, si es que te han sacudido alguna vez, cosa que dudo...

La dejé y avancé resueltamente hacía la salida. Los dos tipos solo vacilaron un instante. Después, dieron media vuelta y, abandonando a la muchacha, salieron a la calle con mal disimulada prisa.

Salí a tiempo de ver cómo se separaban. El gorila atravesó la calzada y el calvo se alejó calle abajo por la acera del cabaret.

Eché tras él con pasos rápidos. Le gané tanto terreno que casi pude percibir su agitada respiración. Entonces echó a correr y dobló una esquina.

Me lancé a la carrera tras él. Desde luego, el hombrecillo no podía ni soñar con ganar una prueba pedestre. Le caía encima a la mitad de la desierta calle lateral, y lo estrujé contra la pared.

—¡Quieto, sabandija, o te hago pedazos!

—Se ha equivocado... llevo poco dinero encima...

—¡No me digas! Veámoslo...

Le arrebaté la cartera, antes que pudiera protestar. Manejándola con una sola mano, descubrí un fajo de billetes, pero lo que me interesó fueron los documentos que aparecían metidos en fundas de plástico. Me guardé la cartera en un bolsillo y, sin previo aviso, le propiné un puñetazo más abajo del cinturón.

El tipo se dobló como una navaja, gimiendo. Sus pulmones silbaron al expulsar hasta la última partícula de aire.

—Eso es solo una muestra, bastardo. Van a caerte muchos más, si no hablas.

—¿Por qué... me pega? —jadeó—. Ya tiene mi dinero...

—Quiero otra cosa de ti. ¿Dónde está la foto de Anne Holborn?

—No sé nada... de ninguna foto...

Esta vez me aparté lo suficiente para incrustarle el puño en los dientes. Sentí un agudo dolor en los nudillos, pero su cabeza rebotó contra el muro, y el tipo comenzó a deslizarse al suelo. Tuve que sostenerlo para que no se derrumbara.

—¡Vamos, no tienes escapatoria! —le advertí—. Quiero saber dónde están la foto y el negativo, y quién dirige ese negocio. Vas a decírmelo o te mataré a golpes, sanguijuela.

Gimoteó lastimosamente y negó repetidamente con la cabeza, moviéndola de un lado a otro. Le sacudí bajo el mentón, y su cabeza se quedó quieta. Lanzó un alarido y escupió un par de dientes, pero no habló.

—*Okey,* voy a llevarte a la policía. Verás cómo te diviertes de ahora en adelante.

Me disponía a arrastrarlo, aunque sin pensar realmente en entregarlo a las autoridades. Yo sabía muy bien que estábamos en el Condado, no en la ciudad de Los Ángeles. Pero pensé que tal vez se asustaría.

Pero tuve que soltarlo al escuchar los rápidos pasos que se acercaban. Eran pesados y seguros, raudos.

El gigantón apareció en escena como surgido de la negrura. Su silueta se recortó contra el resplandor del boulevard, y me cayó encima sin un titubeo, sin una palabra.

Rechacé su ataque aplicándole un centelleante "uno-dos" que le paró en seco. Soltó un rugido de furor. Pude cazarle con un directo que hasta a mí llenóme de orgullo, y que a él debió antojársele la coz de una mula loca.

Estuvo unos segundos dando tumbos con las manos sobre el plexo solar hasta que encontró el apoyo de la pared. Allí se detuvo y gruñó su dolor y su disgusto, enderezándose despacio. El pequeñajo no se había movido; permanecía acurrucado junto al muro, gimoteando como una mujerzuela.

De repente, el gigantón se puso otra vez en movimiento, pero al apartarse de la pared, algo brillante centelleó en su mano, que mantenía apartada del cuerpo.

Un cuchillo.

Sentí una corriente de hielo subir a lo largo de mi espina dorsal. El tipo estaba decidido a clavarme el cuchillo, y tuve que retroceder algunos pasos, cediéndole terreno.

—Deja el cuchillo —barboté, sintiendo toda la furia del infierno apoderarse de mí—. Déjalo o te agujerearé la piel…

No sé si vio cómo empuñaba mi "38" o no, el caso es que pegó un salto y la siniestra hoja de acero pasó a pocas pulgadas de mi cuello.

Encontré la pared del otro lado del callejón detrás de mi espalda. El fulano dijo:

—Te lo has buscado, fisgón.

—Así que me conoces… Tengo un revólver en la mano y haré fuego, si me obligas.

Se movió con una celeridad impropia de su tamaño. Su brazo giró vertiginosamente, y un relámpago de plata salió disparado de su mano. Simultáneamente tiré del disparador, y el revólver retumbó en el callejón igual que un trueno.

Noté una lacerante sensación de quemadura en el costado izquierdo, bajo las costillas. Una llamarada ardió en mi propia carne y caí de rodillas. Delante de mí, apenas a tres pasos de distancia, el gigantón rodó por el suelo sin una queja. Debía haber encajado bien la bala…

Seguí vigilándole unos instantes, con el revólver listo para repetir el

disparo, pero el tipo no se movió en absoluto. Entonces la calleja se animó a nuestro alrededor con distintas voces inquiriendo qué demonios estaba sucediendo allí. Algo comenzó a zumbar dentro de mi cabeza como si una gigantesca dínamo se hubiese puesto en marcha. Al mismo tiempo, la negrura del callejón comenzó a volverse gris y los muros de las casas oscilaron como si fueran de mantequilla. Las llamas en mi costado ardían cada vez con más fuerza…

Escuché unos pasos vacilantes que se alejaban corriendo. Traté de distinguir al calvo mientras huía, con la sana idea de incrustarle un balazo, pero todo lo que hice fue caer de bruces estúpidamente.

No llegué a quedar inconsciente, pero el mismo dolor lacerante del cuchillo que llevaba incrustado en el costado me aturdía, y me sentía morir cada vez que aspiraba aire.

Alguien se acercó, provisto de una linterna eléctrica. Un confuso rumor de pasos… y sobre todo ello un grito estridente.

Era la voz de Anne.

Todavía pude percibir su agitado aliento en mi rostro y su voz ininteligible que gritaba… Después, todo se volvió confuso y me sentí hundir en un abismo.

CAPÍTULO VIII

—Bueno, ya revive —dijo una voz, tan lejana que casi no la percibí.

Parpadeé para penetrar con la mirada aquella extraña niebla que flotaba ante mis ojos. Una masa oscura se movió dentro de la niebla.

—¿Cómo se siente, señor Clark?

La voz procedía de la forma imprecisa, más oscura que la niebla…

Al fin, la forma adquirió contornos más precisos. Era un hombre de mediana edad, cabello escaso y rostro sonrosado. Llevaba puesta una bata blanca, y en ella se distinguían algunas manchas rojas.

Detrás de él, un poco inclinado para escuchar mejor mi voz, uno de los espectaculares alguaciles del *sheriff* del Condado esperaba para intervenir.

El médico dijo:

—Todo va bien, señor Clark. Esa herida es más dolorosa que grave… No le ha afectado ningún órgano importante, solo los tejidos.

—¿Qué lugar es este?

—Está usted en Los Cedros. Una ambulancia le ha traído, inconsciente y sangrando. Ha habido necesidad de una transfusión, pero ya todo está bien. Ahora descanse.

Sacudí la cabeza.

—Tengo que salir de aquí, Doc…

—Repita eso y creeré que está delirando —rio el médico.

El alguacil ocupó su puesto. Llevaba el sombrero de ala redonda echado hacia la nuca.

—¿Se siente lo bastante fuerte para responder a mis preguntas?

—Sí… Pero tengo que salir del hospital…

—Tómelo con calma. En primer lugar, usted ha matado a un hombre de un balazo en plena cara.

—Caray, no me he enterado de dónde le metía el plomo. Ha sido en defensa propia sin duda alguna. El cuchillo en mi cuerpo es una prueba irrefutable.

—Nadie se lo discute, amigo. Pero queremos saber por qué han intentado matarle. Eran más de uno, ¿no es cierto? Los vecinos dicen que han escuchado los pasos de alguien que huía a todo correr.

—Sí, iban dos.

Reflexioné rápidamente. Tenía que mentir si no quería verme metido en un buen embrollo, de manera que antes que el alguacil de opereta formulara otra pregunta expliqué:

—Iba siguiéndole los pasos al que ha huido, porque está relacionado con un caso en el que trabajo actualmente… Y de pronto, me ha caído

encima el otro… Primero hemos luchado con los puños, pero él ha sacado el cuchillo y he tenido que utilizar el revólver.

—¿Quién es el que ha escapado?

—No lo sé; tan solo le conozco de vista… Oiga, ¿dónde están mis ropas? No puedo perder el tiempo en el hospital…

El médico, desde su puesto, cerca de la puerta, rezongó:

—Quítese esa idea de la cabeza. Necesita por lo menos cuarenta y ocho horas de completa inmovilidad.

—¿Qué, dos días?

Protesté en todos los tonos. Entre las protestas, el alguacil intercaló más preguntas y, al final, acabamos gritando todos como salvajes.

El médico terminó la controversia, antes de abrir la puerta.

—¡Basta! —exclamó—. No me obligue a tomar medidas extremas y desagradables. Soy el responsable de mis pacientes, y usted es uno de ellos. Si vuelve a alborotar, haré que le inyecten un calmante y dormirá esos dos días que necesita de inmovilidad. ¿Lo ha comprendido usted?

Callé antes que llevara a cabo su amenaza. El alguacil abandonó la habitación, guardándose la libreta donde había estado tomando notas. Entonces el médico esbozó una sonrisa burlona y murmuró:

—Creo que sé la manera de mantenerle quieto…

Abrió la puerta de par en par, hizo una seña a alguien que aguardaba en el pasillo, y él salió.

Anne se precipitó al interior de la habitación, y corrió hacia mí con el rostro desencajado.

—¡Jim! —lloriqueó.

Estaba nerviosa y asustada. Por lo visto, aquella había sido la primera vez en su vida que viera sangre humana brotar de una herida.

Se inclinó sobre mí y sus labios aplastaron los míos. Absorbí su beso largamente, pero cuando traté de moverme para aprisionarla entre mis brazos, me encontré torpe y rígido dentro del vendaje. Al mismo tiempo, un ramalazo de dolor me recordó que con la herida no podía jugar.

—¡Oh, Dios, creí que te habían matado, Jim! —susurró, apartando los labios lo justo para hablar.

—Sigue aplicándome ese tratamiento, linda. Noto que me siento mejor.

—No abuses de las medicinas, grandullón —sonrió, pero sus ojos estaban húmedos. Apenas si pude creerlo, pero me estremecí de placer, ante las ideas que aquello ponía en mi aturdido cerebro.

—Dice el doctor que no es nada grave… —murmuró.

—Olvídate ahora del matasanos. Es preciso que salga de aquí, Anne… Hay algo muy importante que debo hacer esta noche.

Se irguió, asustada.

—¿Pretendes abandonar el hospital? —balbuceó.

—Justamente. En ese armario están mis ropas… dámelas antes de irte

y...

Antes que terminase de hablar, ella ya estaba sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—No harás nada de eso, Clark —negó rotundamente—. Ni yo me haré cómplice de algo tan descabellado. Vas a quedarte aquí quietecito y...

—Pero, Anne...

—... Y yo vendré a verte en las horas de visita —concluyó.

Me besó una vez más, y entre el beso que pareció quemar mis labios y el dolor de la herida pensé que iba a desmayarme como un tonto.

Cuando se apartó de mí, jadeaba violentamente.

—Ahora debo irme, Jim —susurró—. No me dejan estar aquí, ¿sabes?

—Anne, por favor...

—No haré semejante cosa, grandullón. Y ahora que me doy cuenta, creo que estoy portándome como una tonta contigo...

—¿Sí?

—Tal vez me haya enamorado de ti —trató de reír, pero no lo logró y, repentinamente, obedeciendo a un impulso, hundió su cara junto a la mía y murmuró con voz ahogada—: Y no te rías porque sea una chica ridícula y anticuada o te golpeo...

Le acaricié los cabellos a despecho de los ramalazos de dolor que me costaba cada movimiento. No encontré palabras para replicarle, y nos quedamos así un largo minuto.

Después, ella se separó, y sus ojos, brillantes como dos estrellas, se clavaron en mi cara como si quisieran leer en mi mente.

—Escucha, Anne —insinué débilmente—; estás trastornada por lo sucedido... pero sea como sea te agradezco todo esto. Eres maravillosa.

—Cállate, Jim.

—Todavía no. Quiero decirte que cuando hayas descansado y estés lejos de esta condenada habitación, verás las cosas de distinta manera. Sin embargo, seguiré considerándote como un hermoso sueño.

—¿Por qué un sueño? Si es cierto que te quiero y tú...

—Sería algo absurdo. ¿No has pensado en quién soy yo a tu lado?

—Sí. He tenido mucho tiempo para pensar ahí fuera, mientras aguardaba que el doctor me autorizase a entrar.

—Mira, dame mis ropas y...

Se irguió, dispuesta a negarse una vez más. Entonces se abrió la puerta y entró una almidonada enfermera de cara sonriente.

—No hay ningún reglamento que autorice eso, señorita —reprochó con ironía. Y añadió—: Nuestro herido necesita descanso.

Anne la miró, un poco turbada. Luego se inclinó sobre mí, me besó rápidamente y susurró:

—Volveré por la tarde, Jim. Trata de dormir.

Salió, y la pequeña habitación quedó extrañamente desierta.

La enfermera arregló las ropas del lecho, sorprendió mi desesperada mirada al armario, y movió la cabeza antes de soltarme:

—El doctor me ha advertido, señor Clark. No haga ninguna tontería porque mi compañera y yo estaremos continuamente al final del pasillo.

—Ya veo... esto es un secuestro, ni más ni menos.

Sonrió, apagó la luz y abandonó la estancia. Por la ventana entró la suave luz del amanecer...

Entonces quedé profundamente dormido.

CAPÍTULO IX

Luché como un gato panza arriba por mí libertad. Discutí en todos los tonos con cuantos médicos asomaron por la habitación, y al fin, pude ver reducido mi encierro a veinticuatro horas, aunque con la solemne advertencia por parte del doctor de que él declinaba toda responsabilidad por lo que pudiera ocurrirme.

Sin embargo, me abstuve de advertir a Anne de mi inmediata salida, cuando estuvo a verme por la tarde. Y, una vez solo, mientras todavía parecían flotar en el aire sus palabras y el cálido acento de su voz, me vestí, comprobé que la cartera del bastardo que había escapado seguía en el bolsillo del pantalón, y abandoné el hospital, tras las formalidades de rigor.

El aire del parque llenó mis pulmones. La herida seguía latiendo con un dolor sordo, y me sentía rígido como un palo, a causa del apretado vendaje de cinta adhesiva.

Habían llamado un taxi, y me hice conducir a mí apartamento, sin demora. Ya había desperdiciado demasiado tiempo.

De nuevo entre mis familiares paredes, me despojé de la chaqueta desgarrada y ensangrentada, hice café en gran cantidad y lo bebí sin azúcar. Al último tazón que engullí le añadí una generosa dosis de *whisky*, y semejante brebaje me reanimó. Noté que mis piernas se asentaban mejor y dejaban de temblarme. Casi estaba en condiciones de seguir adelante.

Entonces examiné la cartera del pequeñajo. Su nombre era John Bevan, vivía en Culver City y era decorador. Me dije que a aquellas horas se habría mudado de domicilio a toda velocidad.

Llevaba doscientos siete dólares en billetes de distintos valores; un permiso de conducción, y la fotografía de una chica de rostro vulgar.

Guardé mi botín y procedí a cambiarme de ropas y a lavarme de la mejor manera que pude. Tras todo eso, saqué los cartuchos del revólver, lo limpié con sumo cuidado, y volví a cargarlo, añadiéndole el cartucho que faltaba.

Me vi precisado a buscar otro taxi para que me llevara hasta el Sunset, al lugar donde la otra noche dejara mi auto abandonado.

Conduje con cuidado porque me sentía envarado y torpe tras el volante, pero, finalmente, llegué a la casa del fotógrafo, poco después de las once de la noche.

A primera vista, la casa era demasiado lujosa para pertenecer a un simple fotógrafo. Solo unos crecidos ingresos extra podían permitirle semejante despilfarro.

Atravesé el césped del extenso jardín por la parte trasera. No había ninguna ventana iluminada, de manera que decidí actuar sin más pérdida de tiempo, y utilicé mis ganzúas para franquear la entrada de la cocina. Necesité utilizar también una diminuta linterna eléctrica para orientarme. Más allá de la cocina había una espaciosa estancia, con otras dos puertas. También una cortina medio cubría la iniciación de un pasillo no muy amplio. Descubrí dos puertas a cada lado del mismo, y una al final. No parecía haber nadie en la casa, y el silencio era completo.

Calculé que el laboratorio sería alguna de las habitaciones que daban al pasillo, así es que abrí la primera y paseé el delgado rayo de luz por su interior. Descubrí que era una especie de archivo perfectamente en orden.

Si se trataba del archivo de negativos, tal vez pudiera encontrar los de mi cliente y Anne...

Pero no se trataba de negativos, sino fotografías cuidadosamente ordenadas. Ninguna de ellas tenía la menor semejanza con las que me interesaban.

Atravesé el pasillo y abrí otra puerta. Deslicé el rayo de luz y al enfocar recto frente a la entrada, me llevé el mayor susto de mi vida. No me caí de espaldas, de milagro.

Porque había un hombre sentado en una silla frente a la puerta y estaba mirándome fijo, como si hubiera podido verme incluso antes de encender la linterna.

Dejé escapar un gemido y salté atrás, pegándome contra la pared a un lado del portal, que dejé abierto.

Estuve paralizado durante unos segundos, esperando que de un momento a otro el fulano saliera, a tiro limpio. Creo que hasta mi revólver tembló levemente en mi mano.

Pero no sucedió nada. No escuché ningún rumor, ni ningún susurro; nada en absoluto. Fue ese silencio y esa sensación de vacío lo que provocó en mí un ramalazo de pánico. Imaginé al tipo sentado en su silla, esperando, inmóvil, igual que la araña aguarda a la incauta mosca...

Era para volverse loco.

No sé el tiempo que permanecí allí inmóvil y conteniendo la respiración, pero cuando mi cerebro obedeció y comenzó a trabajar, me dije que ningún ser humane puede permanecer tanto tiempo en la oscuridad, inmóvil, sabiendo que un hombre armado está a menos de tres pasos aguardando un movimiento para llenarle de plomo.

Ese pensamiento me animó a saltar hacia adelante. Encañoné al tipo y le enfoqué la luz de la linterna.

No pestañeó siquiera.

No se movió porque estaba muerto.

Entonces me fijé en sus facciones, y sufrí un nuevo sobresalto. Aquel desgraciado era el reportero que me había proporcionado la dirección en

que ambos nos encontrábamos en aquellos momentos.

Me estremecí ante su mirada fija, y le cerré los ojos Ese débil contacto fue suficiente para que se ladeara peligrosamente. Lo sujeté y volvió a quedar sentado, apoyado en el respaldo. Fue así como pude ver la sangre en su espalda y el desgarrón que un cuchillo había abierto en la chaqueta.

Pensé que tal vez mi tardanza en comunicarme con él le había inducido a dar aquel paso por su cuenta. Sí le habían sorprendido allí dentro…

Bien; igualmente podían sorprenderme a mí, si no andaba listo.

Paseé el haz de la linterna a mí alrededor. No cabía duda que era un laboratorio fotográfico muy bien montado. Ampliadoras, una cámara fija, cubetas, guillotina…

Y un mueble archivador de pequeño tamaño, fijado a la pared. Lo registré con el corazón latiéndome como un caballo desbocado. En todo el mueble solamente encontré cinco carpetas de tamaño mediano conteniendo fotografías parecidas a las que habían hecho de Holborn y Lil Temple, o la de Rosse y su acompañante…

Y la de Anne, seguramente.

En una de las carpetas, cuidadosamente ordenados en fundas de plástico especiales, estaban todos los clichés.

Trasladé el contenido de las carpetas a mis bolsillos, con lo que estos amenazaron reventar, y me escabullí fuera de la casa, antes que el fotógrafo volviera con sus compinches para deshacerse del cadáver.

Lástima de reportero.

Desde un teléfono público, di aviso a la policía del macabro ocupante de aquella casa, y colgué inmediatamente. No quería enfrentarme con O'Reilly mientras llevara en los bolsillos semejante cargamento.

Durante el viaje de regreso a mí apartamento, iba pensando en la tarea que me aguardaba, al tener que examinar todas aquellas fotos, en busca de las de mi cliente y de Anne. Pero la verdad es que en cuanto llegué me sentí exhausto, agotado y débil como un niño. Quedé dormido en cuanto toqué la cama, de manera que dejé la selección del material para cuando despertase.

⋆ ⋆ ⋆

Fue el teléfono el encargado de arrancarme de mi sueño. Aturdido, consulté el reloj y me sobresalté al ver que pasaban de las diez de la mañana.

Sin embargo, el teléfono dejó de escandalizar antes que hubiera podido llegar hasta él.

Entonces recordé las fotografías, y me entretuve en desparramarlas encima de la mesa. Descubrí muchas caras conocidas entre los héroes de las escenas fotografiadas. Y no tuve más solución que examinarlas una a una hasta dar con las que me interesaban, o sea, las que concernían a mí

cliente y a Anne. En la de esta noté algo extraño en la actitud del hombre que la tenía abrazada. El tipo estaba completamente de espaldas a la cámara, y era prácticamente imposible reconocerle. Cualquiera podía adivinar que su postura era cuidadosamente estudiada.

Con las fotos en la mano, localicé los negativos, todo lo cual guardé aparte. Hice un montón con el resto, lo empaqueté y, satisfecho con mi éxito, volví a tenderme en la cama para reflexionar con calma.

Había muchos puntos oscuros en la trama de aquel chantaje. No me parecía "clásico", para llamarlo de alguna manera. Casi daba la impresión de que solamente habían tratado de ejercer presión sobre Grant Holborn y su hija.

¿Por qué habían publicado la fotografía de Rosse Hill, sin molestarla siquiera en pedirle una cantidad?... Y las otras que habían publicado igualmente, todas de gente que, sin duda alguna, habrían preferido pagar que verse en la picota...

Unos golpes en la puerta terminaron con mi particular examen del caso.

El que entró, con cara de pocos amigos, fue el teniente O'Reilly. Estaba irritado y soñoliento, pero eso no le impedía hablar con su voz retumbante de costumbre.

—¿Por qué diablo no has contestado al teléfono? —estalló—. He estado llamándote un millón de veces.

—Necesito descanso. Me lo recomendó el médico.

Enrojeció, creyendo que me burlaba de él, pero lo dejó correr porque tenía algo más importante para restregarme por las narices.

—Anoche nos llamó un individuo para denunciar un asesinato. Su voz era sospechosamente parecida a la tuya.

—Eso no pasa de una opinión gratuita, compañero. ¿Qué asesinato te soltaron en el regazo?

—El de un reportero. Pero el idiota que llamó se quedó corto.

Agucé el oído:

—¿Sí?

—El denunció un asesinato. Sin embargo, en la casa había dos "fiambres". ¿Cómo explicas eso "lumbrera"?

—¿Tengo que explicarlo yo precisamente?

—Vamos, no me vengas con cuentos, Jim. Tú fuiste quien llamó anoche.

—¿Por qué yo?

—Bueno, tú andas detrás de un asunto de chantaje, en el que alguien está sembrándote el camino de cadáveres. Uno de los dos que murieron anoche era un fotógrafo que dedicaba su arte a sorprender escenas eróticas para explotar luego a los protagonistas de esas escenas.

—¿El fotógrafo?

En verdad que estaba atónito. No alcazaba a comprender aquello, y mi asombro no era fingido.

El prosiguió:

—Y lo malo para ti, muchacho de grandes ideas, es que desvalijaste el archivo. ¿Qué te parece si consigo una orden de registro por teléfono, y te pongo todo esto patas arriba?

—Primero dime cómo estás tan seguro de que el fotógrafo muerto era quien se dedicaba a sacar las fotografías que luego servían para el chantaje.

—Caray, por el carrete que hemos encontrado en la cámara fotográfica. Incluso llevaba un *flash* diminuto equipado con luz ultravioleta. Te aseguro que la película que había en la cámara es sumamente instructiva. Y ahora, ¿te decides a poner las cartas boca arriba?

—*Okey,* tú ganas, "polizonte".

Deshice el paquete y desparramé ante sus narices toda aquella gran colección de fotografías y negativos. O'Reilly abrió la boca, estupefacto, y yo dije:

—Lo había preparado para llevártelo a tu despacho, pero ya que estás aquí...

—Así es cierto que fuiste tú quien estuvo anoche en casa de Shackley...

—En efecto, pero solo descubrí el cadáver de un reportero llamado McInnes...

—El del fotógrafo estaba en la habitación del fondo del pasillo, Apuñalado, igual que el reportero.

—No llegué a ver esa habitación. Tan pronto tuve ese botín en mis manos, salí de estampida.

—Vamos a dejarlo así —rezongó, de mal talante—. Ya tengo suficientes quebraderos de cabeza, sin añadir más. Ahora veamos, ¿sospechas de quiénes manejaban el negocio?

—Tengo alguna idea muy vaga, pero sé quién es el tipo que ejercía las funciones de enlace.

Le entregué la documentación del tal John Bevan, el pequeñajo que había escapado durante mi lucha, y luego le relaté esta. Se quedó atónito, y me escuchó yendo de sorpresa en sorpresa.

Después comentó:

—No puedo lamentar el que alguien te diera tu merecido, fisgón. Pero ese dato es importante; echaremos el guante a ese pájaro.

—Bueno, antes de lanzarte a la acción, trata de reflexionar un poco. ¿No te huele mal ese chantaje?

—Todos esos delitos huelen que apestan, ya lo sabes.

—Pero este tiene ciertas particularidades sorprendentes. Sé positivamente que la mayoría de fotografías que han publicado en esa maldita revista lo han sido sin haber intentado antes un chantaje con los

interesados. Por lo que calculo, han sido ocho o diez fotos verdaderamente comprometedoras. A mi cliente le exigen cincuenta mil dólares; calcula esa misma suma para cada una de las otras, y pasa del medio millón. Y me consta que la mayoría de víctimas habrían pagado para evitar el escándalo.

Se rascó el mentón, pensativo.

—¿A dónde vas a parar, Jim? —gruñó.

—Mi idea es que esas fotografías fueron publicadas solamente para que el escándalo estallara, para que alguien determinado viera lo que le esperaba si no pagaba...

—No seas estúpido. ¿Te refieres a tu cliente?

—Sí.

—Más absurdo todavía. Nadie es lo bastante loco para publicar unas fotografías que pueden proporcionar medio millón, solo para asustar a un tipo y arrancarle cincuenta mil dólares, advirtiéndole lo que le espera si no paga. Ni tú mismo puedes creer eso.

—Tal vez pensaba sacarle mucho más, compañero —dije—. En primer lugar, todo el mundo sabe que mi cliente posee millones. Podían seguir sangrándole una vez tras otra, sin devolverle el cliché hasta el final. O bien...

—¿Qué? —refunfuñó, al ver que me había interrumpido.

—Nada, era solo una idea.

Me levanté y anduve de un lado a otro con las manos en los bolsillos, redondeando cierta idea.

O'Reilly se levantó también, rehízo el paquete y, colocándoselo bajo el brazo, dijo:

—Estaré en mi despacho, Jim. Si se te ocurre algo, llámame. Entretanto, destacaré algunos muchachos para que busquen a ese John Bevan...

—De acuerdo. Y si sales del despacho, deja a alguien advertido de tu destino para que yo pueda encontrarte en cualquier momento.

Me miró dubitativamente, pero acabó por encogerse de hombros, y se despidió.

Saqué las fotografías de Anne y su padre, las metí en un sobre junto con los negativos, y abandoné el apartamento, sintiendo casi vértigo al imaginar lo que había planeado detrás del asunto del chantaje.

CAPÍTULO X

Cuando el guardia armado de la puerta se cansó de efectuar llamadas telefónicas, abandonó su garita y me franqueó el paso. Mientras ponía en marcha el auto, él dijo:

—El señor Holborn está esperándole en su despacho.

Eché una mirada a las gigantescas construcciones de los estudios.

—Bueno —dije—. ¿Y dónde está su despacho?

Me lo indicó escuetamente. Detrás de mi coche se cerró la gran verja como si fuera la de una cárcel.

Hube de aguardar todavía diez minutos, pero al fin Grant Holborn compareció en un lujoso despacho al que me habían introducido.

—Discúlpeme —gruñó—. Estaba reunido con los asesores de la película… Sospecho que tiene usted algo realmente importante para haber venido hasta aquí. ¿Me equivoco?

No respondí. Saqué el sobre del bolsillo, extraje de él las fotografías y el cliché en que aparecía él, y lo dejé todo sobre la mesa, guardándome otra vez el sobre.

Grant Holborn se inclinó, dio un vistazo a todo aquello, levantó el cliché para mirarlo al trasluz, y casi gimió de alegría. Tuvo que sentarse antes que le fallaran las piernas.

—¡Santo Dios, Clark, lo ha conseguido! —balbuceó.

—Quémelo todo.

—¿Qué?

—Quémelo.

—Sí… Naturalmente.

Fue prendiéndoles fuego una a una, dejando el cliché para lo último. Las cenizas se amontonaron dentro de un gran cenicero de metal. Cuando el cliché se hubo convertido en algo negro y retorcido, Holborn levantó la cabeza y clavó sus ojos brillantes en mí. Yo me entretuve entonces en desmenuzar aquellas cenizas con la punta de un lápiz.

—¿Y los chantajistas? —murmuró él.

—Algunos han muerto. Espero que los cabecillas caigan hoy mismo. ¿Hasta qué hora estará usted aquí?

—No me moveré en todo el día, Clark. Estoy agobiado de trabajo. ¿Por qué quiere saberlo?

—Tal vez le necesite más tarde. Si le llamo por teléfono, acuda inmediatamente a dónde yo le cite. ¿Conforme?

—Sí, pero no comprendo qué se propone.

—Lo sabrá más tarde —eludí, levantándome.

—¿Quiere el cheque ahora, o prefiere que se lo mande a su oficina?

—Mándemelo cuando haya recibido mi nota de gastos y honorarios.

Sonrió, radiante, y exclamó:

—Es como si acabasen de quitarme diez años de encima. Sabré recompensarle, Clark… Lo verá cuando reciba el cheque.

—Gracias.

Volví al coche, atravesé la gran verja de entrada y lancé el auto rumbo a la residencia de los Holborn, donde me esperaba Anne.

La encontré en el porche como la otra vez, pero en esta ocasión no había ningún servicio en la mesa.

—Jim… —murmuró—. ¿No es demasiado pronto para que vayas de un lado a otro?

—Nada de eso, pequeña. Hay tantas cosas por hacer, además de amarte…

Me abrazó, y sus labios consiguieron despejar un poco mi ensombrecida mente. Mientras estuvo abrazada a mí, con su boca bajo la mía, extraje el sobre del bolsillo y lo dejé sobre la mesa. Entonces la abracé, estrechándola sobre mi pecho. La herida protestó dolorosamente, pero hice oídos sordos y continué hundido en el torbellino del beso hasta que sentí que las piernas me fallaban. Entonces aparté a Anne suavemente y la miré a los ojos.

—Te he traído un obsequio, linda —dije—. Solo para agradecerte que te hayas preocupado por mí cuando estaba en el hospital.

—Tonto…

Le señalé el sobre. Lo abrió y sacó su contenido.

—¡Jim! —chilló.

Volvió a lanzarse a mis brazos. Esta vez el acoso fue demasiado violento, y mi herida casi me arrastró a la inconsciencia. Dejé de besarla y me tumbé en el sillón. Ella me siguió, y tan solo desistió de su particular manera de expresar el agradecimiento cuando sorprendió una violenta mueca de dolor en mi cara.

—¡Oh, Jim, amor! Había olvidado tu herida…

Tomé las fotografías una a una, y las quemé; hice lo mismo con el cliché, y tras esto aventé los residuos hasta verlos volar, llevados por el suave airecillo que movía las copas de los árboles del parque.

Ella murmuró:

—Ahora que has visto esas fotos, Jim… ¿qué piensas?

—Si te refieres a mis sentimientos hacia ti, pequeña siguen siendo los mismos. Estas fotos fueron cuidadosamente preparadas. Tu fiel Jack como-se-llame actuó con un plan premeditado, de manera que él no pudiera ser identificado jamás por las fotos, ni tú pudieras probar que era él el galán de la escena. Además, te embriagó y te llevó a aquel rincón del jardín. ¿No te diste cuenta de lo artístico que quedaba el desorden de tus ropas

también?

Palideció, y una llamarada brilló en sus pupilas. Pero reflexionó sobre lo que acababa de decirle y murmuró:

—Es cierto… me chocó la manera como tenía mi vestido… no era natural.

Asentí con un gesto, y encendí un cigarrillo. Aspiré el humo con placer, al considerar que otro cabo quedaba sujeto.

—Pero Jack… —suspiró ella—. Miserable… Fue papá quien le dio el primer empleo, quien le alentó a escribir y…

—Esta mañana no estaba en los Estudios, lo he preguntado al portero. ¿Sabes tú dónde vive?

—¿Pretendes ir a verle?

—Sí.

—¡Pero tú estás herido, Jim! Si te ataca, te vencerá fácilmente. No debes menospreciarlo… es fuerte, acostumbrado a practicar deportes…

—Nunca menosprecio a un enemigo, querida; pero sé cómo manejar a esa fauna de cobardes.

—No confíes en su cobardía, Jim, por favor.

—Es un cobarde de la peor especie. Solo un cobarde es capaz de aceptar un papel semejante, a costa de una muchacha… Dime dónde puedo encontrarlo.

—Por lo menos, déjame que te acompañe, amor… ¡Por favor!

—No, Anne. Tu presencia podría impulsarlo a luchar hasta el último momento, solo para demostrarte lo duro que es. En cambio, a solas conmigo, las cosas serán distintas. ¿Dónde vive?

Se dio por vencida, y anotó las señas del apolíneo galán en un trozo del sobre. Tras esto me besó desesperadamente, como resistiéndose a dejarme marchar.

Después, mientras manejaba el volante, ni siquiera pensé en el tal Jack. Hasta el más recóndito escondrijo de mi mente estaba dedicado a pensar en Anne y en mi suerte al haber sabido despertar su amor. En mi boca alentaba todavía el sabor de sus labios…

Solo cambié de pensamientos cuando llamé al timbre del moderno apartamento del guionista.

Un tipo alto, de hermosas facciones, me franqueó la entrada. Casi sentí náuseas al ver sus cuidadas manos, la finura de su piel… al escuchar el cultivado tono de su voz.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor…?

—Nada.

Cerré la puerta con el pie y me quedé frente a él. Su estatura sobrepasaba a la mía casi en una pulgada.

—¿Cuál es su nombre? —insistió, comenzando a inquietarse.

—Un nombre no significa nada en estas circunstancias. He venido a

matarle, Jack.

Pegó un respingo, pero se inmovilizó al ver aparecer el “38” en mi mano. Por un instante, temí que se desmayara.

—¿Se trata de una broma? —balbuceó—. Nunca nos hemos visto… no tiene nada contra mí…

Le miré de arriba abajo. Llevaba un pijama de seda azul ribeteado de blanco. También el batín era de costosa seda natural, con el cinturón cuidadosamente anudado a la cintura. Un cinturón cuyos extremos se deshacían en flecos dorados.

—Usted mismo firmó su sentencia de muerte el día que representó la escena en el jardín con Anne Holborn, Jack, solo para que sacaran aquella sucia fotografía. Desde aquel instante, está usted condenado a morir.

—¡No pueden hacerme eso a mí!

Esbocé una mueca de desprecio. El manoteó en el aire y gimió:

—No les he traicionado nunca… ni pienso hacerlo… ¿No quiere comprenderlo?

—Está equivocado, Jack —dije con helada calma—. No me mandan sus cómplices. Yo trabajo solo… en el otro lado de la barrera, si es que capta lo que quiero decir.

Empezó a temblar como una hoja sacudida por un vendaval. Avancé, y él retrocedió. Cuando lo tuve acorralado en un rincón, le descargué un mazazo en la cara con el cañón del revólver, y la sangre le ensució su inefable atuendo.

Se puso a chillar como un cerdo degollado, y cayó de rodillas, cubriéndose la cara con las manos. La sangre se deslizó entre sus dedos.

—Hay una solución, Jack —aventuré, siempre con el mismo tono de voz, carente de inflexiones.

Eso le reanimó y, tras unos esfuerzos, consiguió levantarse. Me miró, suplicante.

—Tal vez no le mate —añadí—, pero en ese caso le destrozaré toda su belleza… jamás nadie volverá a mirarle a la cara sin sentir náuseas… A menos que confiese, Jack.

—¿Qué?

—Escriba una confesión y fírmela. Después de eso, me olvidaré de usted el tiempo suficiente para que llene sus maletas y se largue de California esta misma noche.

—Pero… no puedo hacerlo… me matarán.

Me encogí de hombros y avancé un paso, enarbolando el revólver. Él se aplastó contra la pared y sus ojos se desorbitaron.

—¡Basta! —chilló—. ¡No me pegue más… lo haré!

Fue a derrumbarse sobre una silla, y necesitó algunos minutos para recobrar el resuello. Empleó el tiempo en restañar la sangre de su rasurada mejilla.

Cuando se calmó, quiso asegurarse de sus probabilidades y murmuró:

—¿Jura usted que me dejará marchar, sin causarme ningún daño?

—Si eso ha de tranquilizarle…

Buscó papel y se puso a escribir. Pero todavía le advertí:

—Mucho cuidado, Jack. Conozco todos los detalles de la trama, de manera que si deja correr su fantasía, lo pasará mal.

—¡Maldito sea! Si ya lo sabe todo, ¿por qué quiere que lo escriba? ¡Solo quiere humillarme… eso es!

—Tal como usted dice, lo sé todo. Pero, amigo, no tengo ni una miserable prueba. ¿Qué le parece?

Abatió la cabeza, y ya no la levantó hasta que hubo estampado su floreada firma.

Leí el escrito de arriba abajo.

—De acuerdo, Jack, haga sus maletas y lárguese de aquí esta misma noche. Si mañana por la mañana todavía está en la ciudad, acabaré con usted y sus sucios líos.

Se quedó acurrucado en la silla, mirándome con ojos desorbitados hasta que llegué a la puerta. Volví la cabeza y le espeté:

—Apuesto que también su ropa interior es de seda natural, Jack…

Guardé el revólver, salí y cerré la puerta con cuidado y en silencio. No quise turbar su paz de espíritu…

CAPÍTULO XI

Mediaba la tarde cuando, desde mi escondite, vi salir a Anne de su residencia, al volante de su coche, suspiré con alivio al ver que mi añagaza para alejarla de allí había dado resultado.

Entonces atravesé el seto y anduve sin prisas hacia la casa. La sirvienta me miró, sorprendida. Solo cerró la boca cuando le pregunté por su ama.

—Está arriba, en su habitación... Voy a llamarla.

—Todavía no. Usted irá directamente a la verja de entrada y la abrirá para que entren los que van a llegar dentro de unos minutos. Son órdenes del señor Holborn, ¿comprende?

—Bueno, no sé si debo...

—Claro que debe hacerlo —la interrumpí—. Y no se mueva usted de la verja, por nada del mundo. El señor Holborn llegará también dentro de unos minutos, tal como le he dicho, y entonces confirmará mis órdenes.

—Pero la señora...

—¡Oh, al diablo la señora! Lárguese de una vez.

El cambio de tono la asustó, y salió disparada por el jardín.

Consulté un papelito que me había dado el teniente O'Reilly, y marqué el número allí anotado. Respondió él instantáneamente.

—¿Todo va bien, Jim? —indagó.

—Sí. ¿Dónde estás?

—Muy cerca de la residencia, en una "cabina" telefónica al borde de la carretera. Dejaré a uno de mis hombres aquí, y yo me apostaré en el parque. ¿Algo más, antes de colgar?

—No, nada; solo deséame suerte.

Gruñó y colgó.

El primero en llegar fue Dan Ferguson, el director de la superproducción cinematográfica. Su coche deportivo rugió por el sendero, y se detuvo ante la entrada, con un rechinar de frenos.

No me moví de la butaca en que me había sentado, y en la cual casi desaparecía por completo.

El cineasta entró como una tromba. Al mismo tiempo, los pasos precipitados de una mujer calzada con zapatos de alto tacón se escucharon en el piso de arriba y después descendiendo las escaleras.

—¿Eres tú, Patt? —inquirió Ferguson.

—¡Dan! ¿Qué haces aquí a estas horas?

La mujer llegó al final de la escalera. Los dos quedaron mirándose fijamente, y al fin, como impulsados por un resorte, se fundieron en un abrazo que pareció no terminar jamás.

Ella murmuró:

—Dan… ¿a qué has venido?

—Ha sucedido algo grave, querida… Jack me ha llamado por teléfono al *plató.*

—¿Jack? —Patt Holborn emitió un ruidito con la garganta, antes de expresar su desprecio con palabras claras.

Pero el director de cine la interrumpió:

—No te precipites. Me ha dicho que ese maldito detective, Clark, ha estado interrogándole. Según él, el fisgón casi le ha expuesto todo nuestro plan, solo para que él lo confirmara… Estaba terriblemente asustado.

—¿Tú lo crees?

—Ya conoces a Jack. No es capaz de inventar una cosa así, querida.

—¿Qué más te ha dicho?

—Que se marchaba de la ciudad. Estaba dispuesto a ir al Este, donde no le conozcan, incluso cambiando de nombre.

—No podemos fiarnos en absoluto de ese…

Pensé que había representado bien la comedia, incluso la imitación de la voz del asustadizo Adonis. Dan Ferguson se había tragado mi historia, de cabo a rabo. Su voz murmuró:

—¿Qué crees que debemos hacer?

—Dan, sabes que hemos llegado tan lejos que no podemos detenernos ahora. ¿Te atreverías a hacerlo?

—Naturalmente.

Me alegré de que Jack estuviera ya camino de Nueva York, de lo contrario, tarde o temprano, aquel par de cuervos habrían acabado con él.

Entonces me levanté, tras consultar mi reloj de pulsera, sincronizado con el de los demás.

—¿Cómo piensa destripar a Jack, Ferguson, con un cuchillo, tal vez?

Los dos pegaron un salto, y sus ojos se desorbitaron. Todo asomo de color desapareció de sus rostros.

—¿O tal vez lo hará con las manos desnudas? Ese es un procedimiento más excitante… uno ve cómo la víctima expira lentamente, y su rostro se va desfigurando, volviéndose morado… y los ojos casi les saltan de las órbitas…

—¡Cállese! —chilló la mujer. Se cubrió la cara con las manos durante unos segundos, pero se recobró pronto y de nuevo me miró desafiante.

—Usted… —balbuceó.

—Yo, señora, el hombre que usted intentó matar desde el coche de Ferguson… La felicito por su habilidad, Patt… Lástima que en la cámara de gas no le servirá de nada. En cuanto a Jack, está en lugar seguro, de manera que habría usted perdido el tiempo. Solo les queda liquidarme a mí para tener un respiro… un corto respiro tan solo.

Ambos se miraron. Ferguson se volvió poco a poco.

—Está usted loco...

El ruido de un coche acercándose a toda marcha me ahorró una respuesta; sin embargo, anuncié:

—No se alarmen... todavía. El que llega ahora es el señor Holborn... Yo le he citado aquí.

Efectivamente, Grant Holborn entró con expresión desconcertada.

—¿Qué significa esto, Clark?

Miró a los otros dos personajes, y algo debió advertir en sus expresiones que le obligó a fruncir el entrecejo y mirarlos con más atención. Solo comentó con voz fría:

—No sabía que estabas aquí, Dan.

—También lo he citado yo, señor Holborn. Tengo una historia para contar, y quería que la escuchasen todos ustedes... juntos.

Reinó un silencio tenso, que prolongué lo suficiente para que los dos granujas llegaran a la cúspide de la angustia. Ambos sabían que estaban perdidos, veían desmoronarse toda su ambiciosa obra, y no tenían escapatoria.

A menos, claro, de matarnos a Holborn y a mí.

—Lamento tener que darle malas noticias, señor Holborn —empecé, recostándome en la butaca—. Pero ya es hora de que sepa que quienes planearon el chantaje de las fotos fueron Dan Ferguson y su esposa.

Se tambaleó igual que si le hubieran golpeado.

—¡Clark! ¿Se ha vuelto loco?

—Escúcheme hasta el final, y trate de tomarlo con calma. Ellos se pusieron de acuerdo con un fotógrafo sin escrúpulos, le dieron una buena suma de dinero por adelantado y lo lanzaron a la caza de escenas comprometedoras. Le dijeron que iban a organizar un negocio de chantaje en gran escala, y él lo creyó, de manera que puso en juego toda su habilidad y pronto reunió una buena cantidad de clichés, a cual más sucio. Era un juego que no podía fallar, porque cuando alguna de sus víctimas femeninas elegidas no se ponía a tiro, le soltaban al apuesto Jack, el cual se encargaba de hacerlas beber más de la cuenta, tras lo cual preparaba el escenario, se ponía en situación, cuidando de que él no pudiera ser reconocido, y el fotógrafo hacía su trabajo. Era así de sencillo.

—Es... es una infamia —tartamudeó el productor.

—Es algo más que eso —proseguí—. Lo que ni el fotógrafo sabía es que todo ese despliegue de estrategia iba destinado a un asunto más importante que el chantaje. Pero comenzó a sospecharlo cuando le hicieron “trucar” la fotografía en que aparecía usted con el cuadro. Esa era la meta de esos dos, señor Holborn. Usted me dijo que si su esposa lograba el divorcio, con todos los datos a su favor, usted quedaría arruinado. Y esa era la meta. Empezaron por publicar algunas de las fotografías, solo para que se extendiese la alarma. Eso confirmó las sospechas del fotógrafo, pero

siguieron adelante. Le pidieron cincuenta mil dólares a usted. Si hubiese pagado, habrían seguido exigiéndole más y más, y finalmente la foto hubiera ido a parar a manos de un juez. Entre lo que le habrían sacado, la retirada del capital de su mujer, y la renuncia de Dan a seguir rodando mientras no se aclarase la situación, usted hubiera terminado arruinado. ¿No es así?

—Por completo —asintió con voz ronca.

—*Okey;* eso es lo que ellos esperaban conseguir. Porque con esa situación conducida por ellos, la “Géminis Films”, los estudios y la película actualmente en rodaje habrían pasado a sus manos.

—Ya veo… —Holborn estaba hundido. Me reafirmé en mi idea de no revelarle que también a su hija habían tratado de dominarla por aquel sistema. En lugar de eso, añadí—: Lo malo fue que usted contrató a un detective. Su mujer escuchó nuestra conversación y se enteró de esto. Tan pronto se dieron cuenta de que, gracias al pintor del desnudo, yo podría seguir la pista del cuadro, enviaron a un asesino pagado para cerrarle la boca. El mismo miedo les inspiró Terry Finch, un vividor coleccionista de cuadros que, gracias a tenerlo en su poder, entró a formar parte del complot. Hasta que lo eliminaron también…

Holborn no pudo evitar un gemido. Parecía estar sufriendo los tormentos del infierno, escuchándome, pero era necesario para acabar de una vez con todo el satánico plan. Para Holborn, sería una especie de cauterización dolorosa, pero se repondría de ella con la ayuda de la hermosa Lil Temple. Para esta, las cosas se presentaban bien, después de todo.

—En cuanto al fotógrafo, se pillaron los dedos con él. Cuando vislumbró la verdad de lo que realmente planeaban, exigió más y más dinero. Les advirtió que cuando entraran en posesión de la fortuna y los bienes de usted, él exigiría una parte. Hubo que matarlo también.

—¡Santo Dios! —jadeó el productor—. Tanta sangre… para nada.

—Más de la que supone. Por desgracia para él, un reportero llamado McInnes había penetrado en casa del fotógrafo la noche en que esa pareja fue allí para eliminarlo. Como es lógico, Ferguson acabó con él también. No podían dejar semejante testigo vivo. ¿No fue así como sucedieron las cosas, pareja?

No movieron un dedo. Estaban como paralizados, mirándose con ojos de serpiente, pero sin atreverse a pronunciar una palabra.

—Y yo he estado casado con esa… esa víbora…

Nadie dijo nada al respecto. Solo después de un largo silencio añadí:

—Su dulce esposa quiso tener el honor de liquidarme personalmente, solo como una manifestación deportiva. ¿No fue así, Patt? Tomó el coche de Ferguson y un revólver con silenciador, y aguardó pacientemente a que yo llegara a mí casa. Entonces arrancó, aceleró, y me soltó un tiro. Fue una

buena demostración, porque no me acertó por cuestión de pulgadas… Una dulce mujercita como no hay otra.

—Le costará probar cuanto ha dicho, bastardo —refunfuñó Ferguson, agarrándose a esa última esperanza.

Le obsequié con una burlona carcajada, antes de barrer también su último asidero:

—Está en un error, compañero. Tengo la confesión firmada de Jack, la cual ratificará ante el tribunal, si es necesario. Y John Bevan ha caído en manos de la policía, y no tardará en cantar como un canario. Fue un error utilizar pistoleros conocidos, Ferguson. Eso demuestra que ustedes no son más que dos aficionados.

—Está bien, veo que no tenemos escapatoria, Clark, ¿no es así?

—Ajá, veo que comprende la situación.

Entonces fue cuando apareció la automática en su mano. Su cara se contrajo bajo los embates del furor.

—Por lo menos, tendré el placer de matarlos a los dos, antes de terminar con todo —dijo, rechinando los dientes—. No gozará de su triunfo, maldito fisgón…

—Yo de usted no haría eso, Ferguson —aconsejé con calma.

Holborn se dejó caer en una silla. Las piernas no le sostenían.

Vi a Patt apretarse contra el lado izquierdo de su cómplice. Con voz silbante, ordenó:

—¡Mátalo, Dan, mátalo! Lo ha destruido todo… ¡Mátalo!

Sentí un nudo en la garganta, un nudo tan grande como una pelota de tenis. Si O’Reilly fallaba, yo podía comenzar a pensar en mis funerales.

Pero no falló, o, por lo menos, no del todo.

Un revólver de gran calibre rugió desde la puerta. Las cortinas se agitaron y la automática de Ferguson voló por los aires, impulsada por la poderosa bala del “45”.

Ferguson pegó un brinco en el momento en que Patt extraía un revólver de pequeño calibre de sus ropas. Su socio se apoderó del arma sin vacilar, la aprisionó a ella contra su cuerpo y así, escudándose en la mujer, comenzó a retroceder.

—¡Mataré al primero que se mueva! —vociferó, loco de furor.

Nos quedamos inmóviles, estupefactos por el imprevisto giro de la situación. Desde la puerta, O’Reilly siguió al grupo con la mira de su arma, pero no se atrevió a disparar, por miedo a matar a la mujer. Aunque, a decir verdad, ella no se había impresionado lo más mínimo. Nos miraba con sus ojos helados de serpiente, mientras retrocedía. Creo que incluso hubo un instante que sonrió con burla.

De repente, Ferguson movió los cortinajes de la ventana, Patt se inclinó hacia atrás a punto de caer y, cuando se enderezó, el hombre había desaparecido.

El teniente lanzó un juramento con su voz tonante y corrió hacia la ventana. Patt se apartó con calma, sin dirigir una sola mirada al exterior, a pesar de estar apoyada de espaldas en el alféizar.

Entonces saqué mi “38” y me uní a O’Reilly. Los dos saltamos y corrimos separados hacia los macizos de rosales, tras los que había desaparecido el fugitivo.

El policía cobró pronto ventaja porque mi herida me impedía correr con empuje.

Él fue quien primero disparó. Su revólver retumbó en los jardines. Inmediatamente, el seco ladrido de la pequeña arma de Ferguson le respondió.

Me arrastré hasta donde se había detenido el teniente.

—¿Dónde está? —dije.

—Junto al muro, a la derecha de esas enredaderas.

—No lo veo.

—Porque está agazapado... Asoma la cabeza y verás cómo se deja ver.

Las enredaderas se movieron suavemente. O’Reilly envió otra bala hacia allí, pero el otro no le respondió.

—Bueno, voy a rodear esos arriates, y lo pillaremos entre dos fuegos —decidió el policía—. No te muevas de aquí, y ten los ojos abiertos.

Comenzó a alejarse a rastras hasta que lo perdí de vista. Entonces el macizo de enredaderas osciló una vez más como si alguien las agitase desde el suelo. Bajé un poco el revólver y disparé.

Las enredaderas siguieron moviéndose. Todavía le envié dos balazos más sin resultado y sin que él respondiera.

Entonces O’Reilly bramó:

—¡Maldito sea!

Y retumbó su revólver dos veces casi simultáneas. De entre las enredaderas surgió el cuerpo de Ferguson, y se desplomó como un fardo.

El condenado se había encaramado por el muro, amparándose debajo del compacto macizo de plantas trepadoras. Cuando cayó, casi había llegado arriba.

O’Reilly sopló el cañón de su revólver y gruñó:

—Lástima... era un caso estupendo para llevar al tribunal...

—Te queda ella.

—No es lo mismo. No creo que la condenen a muerte. Es demasiado hermosa, y tiene unas piernas demasiado lindas... Ningún jurado la mandará a la cámara de gas.

—Bueno, consuélate pensando que tienes a Bevan.

—Ese es un desgraciado al lado de esos genios.

Di un último vistazo al cadáver, y regresamos a la casa.

Holborn nos esperaba en el jardín, inmóvil y con la mirada perdida. Patt estaba sentada en la butaca que yo había ocupado, y un policía de

paisano se mantenía alerta, junto a ella.

Media hora después, los policías habían desaparecido. Solo quedábamos Holborn y yo. Miré mi reloj de pulsera.

—¿Por qué no se larga a dar una vuelta? —le aconsejé—. Creo que Lil se alegraría de verle. No puede quedarse aquí como una estatua, pensando y pensando en lo mismo, señor Holborn.

—¿Usted cree?

—Naturalmente.

—Sí, creo que me iré… solo que quería aguardar a Anne… Será un golpe muy duro para ella.

—No lo creo. Patt no era su madre… Además, yo me encargaré de contarle lo sucedido. Creo que no tendré dificultades para consolarla.

Levantó la cabeza y escrutó mi cara. Finalmente esbozó una sonrisa y se levantó, diciendo a media voz:

—Sí, usted podrá ayudarla a soportar el golpe… Trátela bien, Clark. Ella… bueno, no tengo a nadie más, usted comprende.

Se fue y poco después su coche hacía chirriar la grava del camino.

Consulté el reloj, una vez más. Solo faltaban diez minutos para que Anne estuviera de vuelta, siguiendo mis instrucciones.

Diez minutos para tenerla en mis brazos para besarla.

Solo ese corto tiempo para su llegada…

Fue puntual. Vino y estuvo en mis brazos, y nos besamos, y la casa entera estaba a nuestra disposición.

Se habían acabado los cuervos y ya solo quedaba el paraíso.

Nuestro paraíso.

FIN



CORRUPCION EN FLORIDA

por

BURTON HARE

Vi venir su puño justo a tiempo para esquivarlo, pero aproveché el impulso para simular que perdía pie y eso le engañó. Vino sobre mí para aprovechar su supuesta ventaja, pero se encontró con mi zapato incrustado en su barriga tan violentamente que salió volando hasta tropezar con el diván.

Lanzó un aullido agónico. El sofá rodó bajo su impulso y el tipo desapareció de mi vista al otro lado del mueble. Su jadeo parecía el de una locomotora subiendo una cuesta.

El otro titubeó antes de apretar el disparador. Seguramente pensó que un arma de aquel calibre retumbaría allí dentro como una bomba, atrayendo a todos los vecinos.

Aproveché para soltarle un puntapié cuando todavía estaba preguntándose qué debía hacer. Le acerté en la muñeca y la automática escapó de su mano y fue a rebotar contra la pared.

CORRUPCION EN FLORIDA

otro de los grandes éxitos de BURTON HARE

¡Léala en el próximo número!



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (Espa

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Sp